

LA
CARTERA
CUBANA.

DIRECTOR

VICENTE ANTONIO DE CASTRO.

TOMO 4.



PRIMER CUADERNO.

Septiembre 1840.

MADRID,

IMPRENTA DE TERAN,
Estramuros calle del Ojguila.

Ayuntamiento de Madrid

LA

CARTERA

CUBANA

—

DIRECCION

VICENTE ANTONIO DE CASTRO

TOMO 4.

PRIMER CLASIFICADO

1810

SEPTIEMBRE

INTERIOR DE ESPAÑA

Introducción.



A cada paso oímos decantar la precocidad é inconstancia habaneras. Aquellos mismos que nos elevan hasta las nubes, son los que con mas empeño hablan del último defecto que atribuyen al clima, enemigo de trabajos constantes que en él traen pronto la fatiga. A nuestro entender el aplauso y la reprobacion no estriban en fundamentos sólidos, y en vez de buscar en el clima propiedades que no son tan ciertas como creyó Montesquieu, hay mas bien un efecto de la educacion y de la ignorancia, que del temperamento. De la educacion, en cuanto desde que nacimos vivimos en roce con una parte constitutiva de nuestra sociedad, cuyas costumbres libres, falta de luces y sobra de desenvoltura en el hablar, nos enseñan cosas que en otros países se ocultan de la infancia tanto por los padres como por los últimos de los que la tratan. Y así no hay niño de nueve años que en nuestro país ignore lo que no aprende en otro ni á los quince. Estos instintos maliciosos, desarrollados casi al nacer, dan mas actividad á las pasiones, menos fijeza al juicio á quien mas tarde gobier-

man, acarreado una debilidad en la constitucion, hija con frecuencia de excesos prematuros. Los indios de esta parte del globo no sobresalieron en nada: vivían una vida vegetal, y mas memorias nos quedan de su timidez, su ineptitud y holgazanería, que de las buenas dotes que debieran tener. ¡Tan escasas eran! La precocidad de potencias intelectuales, trae de suyo la actividad y el valor: ¿cómo pues atribuir al clima nuestra facilidad de comprender y prontitud en deducir, cuando los indígenas bajo este cielo abrazador eran poco menos que cretinos? Y si volvemos la vista á los que habitan mas templadas regiones, y que tan adelantados fueron en artes y ciencias, ó si en una misma zona vemos al débil cubano, al horrible caribe y al inteligente peruano, ¿qué se hará el trampantojo del clima? Bella fué la opinion para el siglo XVII, indigna sin embargo de la nona décima centuria.

Así queda suficientemente establecido que mas puede la educacion que el temperamento en la precocidad de nuestras facultades: nos falta demostrar que la ignorancia nos culpa sin fundamento de una veleidad imaginaria. Contrayéndonos solo á la literatura, pues nos sobran hombres infatigables en el comercio, agricultura, milicia, abogacía y medicina que prueban somos tan constantes como los individuos de cualquiera otra nacion; haremos palpable que si nuestras empresas literarias no se llevan á la madurez, si la poesia no tiene grandes maestros, ni las novelas cuentan con Walterios; no consiste en que nos falten sujetos que pudieran al cabo rivalizar con ellos, sino en que se los desconoce y olvida.

Pocos jóvenes habrá en Francia y en Inglaterra, esas dos naciones que dan la ley al mundo sabio, que se hayan estrenado de una manera tan brillante como los autores del Especton de oro, la Pascua en San Marcos y Antonelli. Pero allá, en cuanto se ven los destellos del ingenio, hay cien mil hombres que los leen y diez mil que los pagan, y aquí encuentran quinientos que se *bajan* hasta perder su tiempo en su lectura, ciento á lo sumo que los pagan con placer y otros ciento por compromiso. No sacan ni el costo de imprenta.

—¿Porqué no se suscribe V. á esta obra? pregunta á un rico un literato.

—Porqué lo estoy.

—¿Y cómo no veo su nombre en las listas?

—Porqué nos hemos reunido seis amigos: el uno se suscribe á las Memorias de la Sociedad, el otro á la Siempreviva, yo á la Legislacion ultramarina, fulano al Allum, zutano al Plantel y mengano á la Cartera. Nos prestamos recíprocamente las obras y tenemos economía.

Este caballero dará veinte onzas por ver una cómica, y economiza *cuatro reales* de proteccion á las obras que honran su país! ¿Qué respuesta dar á aquella salida, sino encogerse de hombros?

—¿Porqué no se suscribe V. á esta obra? se pregunta á un hombre de talento.

—Porqué sale por cuadernos y se suspenderá antes de su conclusion, como tantas otras.

—¿Y porqué se suspenden?

—Porqué aquí los autores son muy inconstantes.

—No señor, le dirá un hombre de juicio. Se suspenden porqué V. y cien mas como V. no se suscriben con esa disculpa, lo que hace cincuenta pesos de pérdida en cada cuaderno: la suscripcion no cubre los gastos y así cae la empresa.

—¿Cómo no cubre los gastos, cuando hay en lista quinientos suscritores?

—Es verdad que están en la lista, mas de esos la quinta parte niegan haberse suscrito, unos porqué no tienen el dinero y se disculpan así, otros por retrechería, y pocos, *muy pocos* de buena fé, porqué su hijo ó su sobrino dieron su nombre sin consultarle. No conocemos autor tan descarado que haga tan bajas suposiciones. De los cuatrocientos que quedan, se borran doscientos tarde ó temprano, porqué son inconstantes, (atienda V. á que son ellos no los escritores los veleidosos), y cincuenta porqué con la mayor franqueza dicen no tienen dinero; de modo que á la tercera entrega los quinientos de la lista se reducen á ciento cincuenta suscritores y nada mas.

—¿Pero eso no sucede sino con las obras sin mérito?

—Es verdad que las que no le tienen mueren casi al nacer y que las otras duran mas ó menos; pero recorra V. las listas: en cada cuaderno hay quince ó diez suscritores nuevos y otros tantos borrados, como en la Cartera donde pasa

«No que á Quevedo: *ni sube, ni baja, ni se está quedo*. Es preciso hacer listas nuevas cada mes, y siempre doscientos cincuenta suscritores á lo sumo en toda la isla. ¿En donde está, repito, la inconstancia? En los autores ó en los suscritores?

—¡Pero con menos de trescientos suscritores no hay para los gastos!

—¡Y dice V. que somos inconstantes cuando la seguimos á pesar de eso!

—No puede ser, dice un *quidam*; no seguiría la Cartera perdiendo en cada cuaderno: eso es imposible.

Este pobre no tiene en su corazon el mas débil gérmen de las virtudes sociales. Doscientos suscritores que con las altas y bajas son los únicos infalibles con quien se pueda contar, no dan para los gastos, es verdad; pero mientras los halla, continuará la obra hasta su conclusion. Veinte y cinco colaboradores, de lo mas selecto que hay en la Habana, dan alternativamente sus artículos con el mas noble desinterés: algunos han llevado su generosidad hasta el extremo de querer tambien ser suscritores; y el empresario no puede menos al ver su ejemplo, que contribuir por su parte con adelantos forzozos, y quizá no reembolsables para la continuacion. Si la Cartera no llena sus fines, es porqué el país no da mas de sí, y ciertamente sería la mayor de las locuras imaginar que rivalizaríamos con los literatos de Europa. Estamos en la infancia, y nuestras obras deben resentirse de nuestra debilidad. Será otra cosa con el tiempo, si nuestros ciudadanos se suscriben y no se borran; si tanto poderoso hace un pequeño esfuerzo por los que se desvelan por divertirse é instruir á los menos alcanzados en fin, si todos se convencen de que la inconstancia nace de la pobreza de los escritores, que por falta de compensaciones tienen que buscar oficios que les dan siquiera de que vivir, y donde mueren sus ingenios olvidados y desconocidos.



SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Observaciones meteorológicas del mes de Noviembre de 1839.

MES de Nov.	BAROMETRO francés.			TERMOMETRO de Fahrenheit.			HIGROMETRO de Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	7p.68	7p.60	7p.65	76°	79	75	78°	50	69°
2	65	66	62	77	81	50	78	75	74
3	65	64	58	76	85	80	50	69	75
4	57	56	62	79	83	79	50	70	67
5	65	60	62	78	84	81	73	66	71
6	64	65	70	80	80	2	78	72	70
7	76	73	80	76	76	70	75	71	63
8	83	76	80	75	77	50	74	61	58
9	80	78	80	72	74	50	73	75	76
10	80	75	75	73	50	75	73	50	70
11	77	78	75	71	50	77	73	25	66
12	75	70	75	72	50	78	76	68	25
13	74	66	68	74	50	79	66	67	57
14	67	63	66	73	50	79	50	76	50
15	71	68	74	74	50	82	79	45	66
16	78	75	80	77	82	75	78	60	69
17	85	80	80	76	79	75	77	71	64
18	80	74	75	76	79	20	77	70	65
19	75	71	74	75	78	30	76	75	72
20	74	71	72	74	25	78	77	69	58
21	75	72	73	73	20	78	75	85	66
22	75	75	75	74	20	78	25	76	50
23	78	77	77	74	50	78	2	74	50
24	76	70	75	73	35	78	75	50	69
25	80	79	77	74	75	78	90	75	63
26	82	76	77	74	75	78	74	75	65
27	77	75	77	72	50	77	75	50	70
28	79	72	73	73	25	78	20	75	75
29	71	68	68	72	77	5	75	50	66
30	75	71	71	72	50	7	50	75	68

NUBARRONES.—El 7 con norte; casi todo el 9. LLOVIZNAS.—El 1.º de 5 a 7 de la tarde con interrupcion; el 4 a 9 de la mañana y el 9 con norte; el 10 a 8 de la noche, el 19 por la mañana, el 20 por la tarde y á prima noche; el 27 de tarde en tarde. CHUBASCOS.—El 4 a 5 de la tarde, el 6 a 8 y 11 de la mañana, el 18 en la tarde después de las 5. AGUACEROS.—El 4 a 7 de la noche, la mañana del 18.

ESTADO DE HOSPITALES.		MES DE NOVIEMBRE DE 1839.			
ENFERMEDADES.		S. Juan de Dios.			S. Francisco de Paula.
		S. Ambrosio.	Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Manía.....	1	..	2	..
	Apoplejía.....	5	3
	Epilepsia y convulsiones.....	..	1	..	1
	Parálisis.....	1	..	3	..
	Tétanos.....	1	..
	Anginas.....	7	1	1	1
	Gastritis agudas con fiebre.....	44	10	37	3
	Idem crónicas.....	3
	Tifus intertropical.....	3	..
	Fiebres intermitentes.....	34	..	29	..
	Reumatismos.....	..	3	7	..
	Bronquitis.....	146	6	23	..
	Hemoptisis.....	4	10
	Pleuritis.....	1	2	4	..
	Neumonitis crónica.....	19	5	5	7
	C. litis nerviosa.....	1	1
	Idem diarrea.....	5	..	1	..
	Idem disenterica.....	7	2	11	..
	Hepatitis.....	1	..	1	..
	Ictero.....	1	..
	Obstrucciones.....	2	..	1	..
	Nefritis.....	1
	Cistitis.....	2
	Sífilis y dolores osteocopos.....	37	3
	Hidropesias.....	1	..	3	2
	Escorbuto.....	4
CIRUGIA.	Contusiones.....	5	2	1	1
	Fracturas.....	1	..
	Heridas de armas blancas.....	3	..	1	..
	Quemaduras.....	1	4
	Tumores simples.....	6	1	3	..
	Lamparones.....	1	1	1	..
	Bubones.....	25	1	3	..
	Fimosis y parafimosis.....	1
	Uretritis.....	15	1
	Idem con estrecheces.....	2
	Catarros vericales.....	22
	Orquitis.....	1
	Hidroceles.....	1	..	2	..
	Hemorroides.....	3
	Fístulas.....	1	1	1	..
	Hernias.....	3	..	3	..
	Úlceras y pústulas venéreas.....	40	2	..	4
	Idem simples.....	11	6	13	..
	Idem cancerosas.....	1
	Erupciones sarnosas y herpéticas.....	65	1	18	..
	Oftalmías agudas.....	65
	Idem crónicas.....	8	1	2	..
	Nictalopia.....	1
	Erisipelas.....	5	2	1	..
Totales.....		692	71	183	26

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de noviembre de 1839.....	504	} 1196
Entraron en dicho mes.....	692	
Se curaron.....	726	} 744
Fallecieron.....	18	

Quedaron para 1º de diciembre.....452

La mortandad estuvo á razon de 1, 50 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de noviembre.....	290	} 544
Entraron en dicho mes.....	254	
Se curaron.....	216	} 262
Fallecieron.....	46	

Quedaron para 1º de diciembre.....282

La mortandad estuvo á razon de 8, 46 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de noviembre.....	137	} 163
Entraron en dicho mes.....	26	
Se curaron.....	8	} 19
Fallecieron.....	11	

Quedaron para 1º de diciembre.....144

La mortandad estuvo á razon de 6, 75 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en noviembre de 1839 reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.



NOVIEMBRE.

BRONQUITIS AGUDAS.—GASTRITIS IDEM, AMBAS CON FIEBRE.—
SÍFILIS Y ENFERMEDADES ERUPTIVAS.

Observaciones prácticas.

El estado de la salud pública ha sido satisfactorio en este mes. Las fiebres intermitentes adquieren muy raras veces el carácter pernicioso y así los espíritus se van tranquilizando.

Algunas apoplejías han aparecido, mas debemos confesar que la mayor parte de ellas se debieron á abusos de licores espirituosos.

Las bronquitis han desaparecido con tanta facilidad, que la mayor parte de los enfermos han podido ahorrar el médico.

Pero si nosotros hemos tenido la satisfaccion de libertarnos desde los primeros dias de octubre de las intermitentes perniciosas, estas comenzaron á hacer grandes estragos en Tampico y siguieron todo ese mes y el siguiente. Allí estaba uno de nuestros observadores amigos, quien recogió muchos hechos y ha tenido la bondad de franquearnos sus observaciones y la relacion adjunta que creemos digna de interesar á los facultativos.

Parece que la constitucion miasmática ha reinado en las costas del continente americano, y no sería poco servicio el que hicieran á la humanidad los médicos, si todos publicaran lo que han observado en la temperatura, en la constitucion de los pacientes y en el curso de la enfermedad.

Se han enterrado en el cementerio general en noviembre de 1839:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.....	131	40
De color.....	118	54
Sumas parciales.....	249	94
		<hr/>
Total general.....	343	

RELACION

de la epidemia de fiebres intermitentes, simples y perniciosas en Tampico, durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1839.

Llegué á Tampico en los primeros dias de setiembre y encontré el estado sanitario del país inmejorable. Apenas existían algunas afecciones catarrales, mas propias de circunstancias atmosféricas que de cualquiera otra causa. La temperatura había sido bastante parecida á la de los años anteriores, solamente las lluvias se declararon un poco mas tarde. Así en setiembre y principios de octubre, hubo aguaceros mas ó menos fuertes con alternativas bastante calorosas, pero no hasta un punto extremo. No se debe olvidar que la ciudad de Tampico construida sobre la izquierda del rio Panuco, está encerrada casi completamente por este rio y por la laguna del carpintero, comunicando el rio y la laguna por medio de una cortadura. La disposición en medio de aguas, la mayor parte estancadas y que contienen siempre en disolucion materias animales y vegetales, debe producir evaporaciones pútridas en la atmósfera y obrar violentamente sobre la economía animal. En esas circunstancias á principios de octubre, empezando de nuevo los calores fuertes, comenzaron tambien algunas fiebres con particularidad en los militares de la guarnicion. Muy pronto se elevó la mortandad en el hospital militar, y habiendo fallecido varios oficiales en la ciudad, se declaró la epidemia con toda su fuerza. Llamado desde el principio como consultante en tres circunstancias de intermitente perniciosa en su mas alto grado, y quedando después el único Doctor por la enfermedad de mis dos compañeros, encargado tambien momentaneamente del servicio del hospital militar lleno de febricitantes, he podido observar atentamente la marcha y los efectos de una epidemia que atacó cerca de mil setecientos individuos en una poblacion de cuatro mil almas. Un gran número de familias tuvo la mitad de sus individuos con la epidemia; en otras casas ni uno la evitó; en la que yo vivía, de diez y siete personas, catorce cayeron enfermos y tres con recaídas.

Invasion.—En el primer dia, cansancio general, dolor en las articulaciones, cefalalgia ligera ó nula.

Síntomas.—El segundo ó tercer día, cefalalgia frontal mas ó menos intensa irradiándose después á toda la cabeza, calor fuerte en la piel, horripilaciones, boca un poco seca con mas ó menos sed, lengua generalmente natural y sin coloracion en la punta ni en los bordes, en pocas ocasiones coloradita en la punta; sensibilidad en el epigastrio, y en todos los puntos del abdomen muy obtusa, constipacion mas ó menos fuerte, muy rara vez con deyecciones albinas, nunca naturales con diarrea; órganos de la respiracion y digestion sanos, inapetencia, pulso fuerte y vibrante, frio álgido durante un cuarto de hora, otras veces media hora y algunas hasta dos horas; período de calor mas ó menos largo, sudor en ocasiones abundantísimo, otras nulo ó casi nulo; apirexia. Estos casos afectaban el tipo cotidiano ó terciano, simples durante algunos dias, ó se terminaban en el primero ó segundo septenario ó bien del tercero al quinto acceso degeneraban en fiebres perniciosas principalmente si la excitacion del tubo intestinal por los purgantes ó vomitivos dispartaban las simpatías del cerebro. Entonces los síntomas aumentaban de gravedad; la cefalalgia doblaba su fuerza, con lengua seca, áspera y prieta, ojos brillantes, constipacion tenaz, delirio mas ó menos fuerte, algunas veces sobresaltos en los tendones, y carfología; ninguna sensibilidad marcada en el estómago ni los intestinos; dos ó tres veces sudamina; remitencia marcada correspondiente al tiempo de la apirexia, pero sin cesar completamente ni la aceleracion del pulso, ni el calor de la periferia, ni el delirio: muerte del tercero al quinto acceso.

Me contaron que una señora, esposa de un zapatero, natural del Norte-América, joven, cayó con calentura: tomó un purgante de jalapa y calomelanos; y hubo delirio, sobresaltos de los tendones, carfología, y muerte al cuarto día.

Terapéutica.—He dicho ya y probaré que el método evacuante ha tenido malos resultados en esta epidemia pues había procurado una complicacion de síntomas cerebrales de gravedad. En efecto, los casos de fiebre intermitente perniciosa que yo he visto, siempre habían sido atacados primeramente por el método evacuante. Al contrario, en los numerosos casos para los cuales fui llamado desde el principio, ni uno degeneró en perniciosa, y todos conservaron hasta su terminacion el carácter de cotidiana ó terciana. En esos casos el plan antiflogístico, como sangrias generales ó locales segun la constitucion de los enfermos ó las indicaciones particulares; las lavativas emolientes continuadas para sos-

tener las funciones del tubo digestivo; las tisanas diaforéticas, fueron usadas para contrapesar las congestiones parciales, y después el medicamento antiperiódico por excelencia, la *quinina* fué administrada y siempre con buen éxito, sea al interior por la boca ó por lavativas, sea al exterior por el método yatrалéptico, cuando el estado del estómago parecía un poco sospechoso. En los casos de perniciosas, como la vida se encontraba vivamente amenazada me he visto obligado á usar la quinina inmediatamente, bajo pena, en caso contrario, de ver fallecer el enfermo en el acceso siguiente.

A pesar de que los evacuantes en esta epidemia, me han parecido fatales, no debo olvidar que al fin de ella, cuando las fiebres han venido como erráticas, en muy corto número, y muy inocentes, lo que sucedió en el principio de diciembre; los laxantes y purgantes ligeros, parecieron producir muy buen efecto, después de haber cortado las fiebres. Lejos de mí la idea de que en todos casos se debe excluir el método evacuante: quién sabe si otro año en el mismo país, para calenturas semejantes, tendrá buen éxito ese método; mas yo quiero solo probar el curso presente de la enfermedad y se me permitirá apoyarle en las tres observaciones que siguen:

Primera observacion.—D. José Llain, dependiente de una casa de comercio, estaba enfermo había once dias, cuando fué citado á junta con dos compañeros. No pudimos saber otros antecedentes, sino que había tomado un vomitivo y una purga: tampoco pudimos instruirnos de los caracteres y síntomas de la enfermedad desde su principio. Fué menester contentarnos con esta historia. En el momento en que le vimos, se encontraba en el estado que sigue: pulso débil y frecuente; calor bastante grande en la piel, menos en la cabeza; lengua un poco blanca sin coloracion en sus bordes ni en la punta, y algo húmeda; ojos abatidos; delirio completo pero débil; epigastrio y abdomen sin sensibilidad aparente; constipacion ligera; algunas *sudaminas* en la parte interior del tórax. Por la mañana se había hecho una aplicacion de sanguijuelas en las dos apófisis mastoides, pero en lugar de calmar el delirio parecían haberle aumentado. En estas circunstancias, unos sospecharon que había encefalitis, otros fiebre perniciosa: pero teniendo en consideracion el estado peligroso del enfermo, se hizo la prescripcion siguiente: dos vejigatorios á las pantorrillas, treinta y seis granos de sulfato de quinina en tres lavativas, treinta y seis granos id. disueltos en una libra de alcohol para fricciones en todos los miembros superiores é inferiores, el abdomen y la region lumbar.

El día siguiente, desaparición del delirio, el enfermo reconoce todo, pulso mas elevado y menos frecuente, siempre un poco de calor en la piel y en la cabeza, cefalalgia ligera, los vejigatorios supuran: la misma prescripción, lavativas emolientes, naranjada.

El tercer día, apirexia completa; pero siempre la cabeza cargada; lengua natural; deposiciones difíciles, necesitando lavativas: veinte y cuatro granos de sulfato de quinina en doce píldoras; naranjada, caldo.

Día cuarto.—Sigue la mejoría; apirexia: diez granos de quinina al interior; frotaciones de id. al exterior, caldo, atoles.

Quinto día.—Convalecencia.

Segunda observacion.—El Doctor S. al salir de la junta anterior, se queja de un cansancio general y de dolores en las articulaciones. El día siguiente toma un purgante salino: cefalalgia que sobreviene en el día; pulso alto y fuerte, calor en la piel, lengua blanca, sensibilidad obtusa en el epigastrio y el abdomen. Sangría general dispuesta por él mismo, tisana temperante.

Segundo día.—Aumenta la cefalalgia, constipacion, sudor abundante por la noche: treinta y seis sanguijuelas á las apófisis, mastoides, lavativas emolientes.

Tercer día.—El mismo estado, remision de la fiebre.

Cuarto día.—Id., solo calentura mas fuerte: veinte y cuatro nuevas sanguijuelas.

Quinto día.—Estado id.: remision de la fiebre.

Sesto día.—Principia un delirio ligero, el enfermo tiene visiones extraordinarias, apetitos irracionales.

Sétimo día.—Aumento del delirio, pero sin perder enteramente el juicio; el enfermo piensa que va á morir y se aflige. En estas circunstancias fui llamado y le encontré en este estado: pulso frecuente y lleno, cara encendida; ojos brillantes; cefalalgia frontal intensa, lengua húmeda y casi natural; ninguna sensibilidad ni en la region gástrica, ni en la abdominal; pecho sano orina muy colorada y en pequeña cantidad: constipacion, pero deposiciones con lavativas emolientes:—veinte y cuatro granos de sulfato de quinina en doce píldoras; lavativas emolientes; agua de grosellas, caldo.

El día siguiente apirexia; un poco de cefalalgia todavía: doce granos de quinina: convalecencia.

Tercera observacion.—Fatigado del mucho trabajo, y después de una visita al hospital militar que contenía 128 enfermos, casi todos de calentura, me sentí atacado de un cansancio general en todo el

cuerpo: me acosté y dormí de las cinco de la tarde hasta las siete que me despertó un frío álgido con horripilaciones fuertes, pulso duro y frecuente, dando ciento treinta y tres pulsaciones; cabeza, estómago é intestinos libres. Una hora después sucedió el período de calor y sudor, y la apirexia vino á las cinco y media de la madrugada: veinte y cuatro granos de sulfato de quinina, y las lavativas emolientes me restablecieron del todo el día inmediato.

Estos hechos de medicina clínica me han parecido dignos de publicarse por la circunstancia de que en la misma época varios puntos de la isla de Cuba y New-Orleans, también parece que han sido atacados de epidemia de calenturas. No me pertenece juzgar si en New-Orleans ó en la isla, presentaban los mismos caracteres, pues no ví sino las de Tampico. Pero si de mi relacion puede deducirse alguna cosa útil, es el único deseo que puede formar.

F. Fontray.

HECHOS CURIOSOS.

—En el hospital de caridad de Berlin, estaba un enfermo que por una fractura complicada de la pierna se veía á consecuencias de la supuracion y de la fiebre en un grado tal de irritacion que experimentaba cruelísimos dolores, no solo con el ruido de los carruajes que pasaban por la calle, sino hasta con el menor que se hiciera en la sala. Para remediar este inconveniente, M. Kluge, uno de los directores del hospital, hizo poner bajo los cuatro piés de su lecho, cuatro alzas formadas cada una de ocho gruesas tiras de fieltro y al instante quedó libre el enfermo de las conmociones. M. Kluge se ha servido después y con igual beneficio de cojincillos de cáscara de avena y de paja machacada.

—Un sujeto de 66 años de edad, había estado diariamente atacado de accesos epilépticos á consecuencia de una herida en la frente producida por una astilla de obus en la batalla de Marengo, y había perdido enteramente la memoria de cosas. M. Larrey logró curarle, y ahora el valiente anciano puede andar con solo un baston aunque bacilando un poco; recorre con mucha prontitud grandes distancias, y sus accesos epilépticos han desaparecido. Mas hay

en él una cosa notable: ha perdido la memoria de los números y solo puede contar hasta diez. Su fisonomía espresa la admiración y el estupor; su mirada es fija; los sonidos de su voz se articulan confusamente, y á veces se despierta de improviso dando carcajadas.

—En la sesión de sordo-mudos de París de julio de 1836 se preguntó al joven Forestier ¿qué idea se había formado del sordido?—Y vos, señor, respondió el inteligente sordo-mudo al curioso ¿qué idea os formasteis de él cuando estabais en la nada?—Debemos convenir en que el preguntón quedaría bien embarazado.

EXCELENCIA

DE LA AGRICULTURA.

Aquí no hay agricultores, ni
casi campesinos....

Nada mas comun que ver entre nosotros la poca estima en que se tiene al hombre agricultor; y como, por otro lado, la porcion mas numerosa de nuestra aristocracia se envanece con los timbres de hacendados ó propietarios de bienes rurales, no puedo menos de atribuir esta anomalía á la rigurosa acepcion que se ha dado á la palabra "agricultor." En sentido-etimológico significa esta voz el hombre que cultiva la tierra, lo mismo que comerciante designa al individuo que se ocupa en comprar y vender; y sin embargo, cuántos se creen honrados con esta última profesion, que repugnarían la primera, no haciéndose cargo que en su sentido genial tan material es la una como la otra.

Tiempo es ya que entre nosotros desaparezcan vulgares preocupaciones, y que cada uno de los elementos que constituyen nuestra prosperidad colonial, sea apreciado segun su importancia y ocupe un rango adecuado en la educacion de la juventud cubana.

Cualquiera que reflexione sobre la clase de estudios á que se dedica la mayor parte de los jóvenes de nuestro suelo, podría dirigirles estas preguntas: quereis todos ser médicos, legistas, comerciantes y guerreros, y ¿quién ha de alimentarlos? Podrá por ventura el comerciante fletar con vuestros conocimientos en jurisprudencia, medicina y estrategia los navíos que han de traer os vuestro pan y

vestimenta? Se mantiene la sociedad solo con doctrinas? Qué presentais en cambio de lo que consumís?

La produccion: he aquí la base del comercio y la existencia de los pueblos: esta no es una verdad de hoy, y sin embargo, nuestra conducta parece ponerla en duda. En vano el genio de la ilustracion proclama al orbe estos principios de vital importancia: aquí no halla prosélitos, sus vigorosos acentos se estrellan contra nuestra ignorancia y preocupaciones.

Producimos, ó mejor dicho, cosechamos, pero ¿qué? Lo que una naturaleza abundante en principios de vida, favorecida por las influencias tropicales viene espontáneamente á brindar á nuestra indolencia y apatía. ¿La ayudamos nosotros en algo, la modificamos, la corregimos?

El catecismo agrícola de nuestros hacendados no cuenta muchas páginas y su redaccion estuvo á cargo de la rutina y del charlatanismo.

Hombres astutos é ignorantes son los encargados de la ejecucion de sus preceptos, y las mas veces se arrojan el derecho de revisarlos y variarlos á su capricho. Un mayoral (hombre generalmente estúpido y sin principios) es por lo comun el director de una explotacion rural que representa cuantiosas sumas: muchos dueños acatan sus opiniones, le escuchan con asombro sobre los fenómenos de la vegetacion y abandonan á su perspicacia la eleccion del sistema de cultivo. ¿Qué mengua! qué oprobio!

Ya es tiempo de abrir los ojos! Los altos precios que halagaron nuestras primeras empresas agrícolas, han desaparecido quizás para siempre. No entraré en la discusion de si debemos aumentar ó variar la produccion; pero en todo caso, obtener los mismos resultados con una economía considerable en los medios, es un adelanto por el cual claman nuestras necesidades y á que todo hombre sensato debe dirigir sus conatos. Y ¿podrase lograr esto sin el vasto é importante estudio de la ciencia agrícola? Sin el conocimiento de las diversas funciones que desempeña cada órgano de una planta en la economía vegetal; sin una noticia de los variados fenómenos que se suceden desde el momento de la germinacion de una semilla, crece y desarrollo del individuo, hasta que la planta completa su ley de vegetacion con la reproduccion de nuevas semillas; sin nociones sobre la influencia que ejercen sobre el vegetal, el agua, el calor, la luz, el aire y todos los accidentes atmosféricos, ¿podrá nadie aspirar á ser agricultor? Púedese mejorar un

cultivo sin un sistema ilustrado de abonos, sin un conocimiento del modo de obrar de estos, sin un estudio de las diferentes tierras y su composicion? Privados hasta de los mas sencillos instrumentos (que diariamente inventan los extranjeros) para simplificar las operaciones campestres, ¿podemos alucinarnos sobre el atraso de nuestra agricultura?

De lo espuesto se infiere, que no se podrá ser agricultor sin gran variedad de estudios, y que apenas hay un ramo del saber humano que no sea preciso investigar para poseer esta importante ciencia; ciencia la mas noble, la mas útil, la mas grata á que puede dedicarse el entendimiento del hombre. Penétrense los cubanos de esta verdad y se borraré el anatema que hasta aquí parece haber pesado sobre este importante elemento de nuestra fuerza y prosperidad.

La antigüedad tributaba el mayor aprecio á esta honrosa carrera y en los mas brillantes dias del romano poderío, mereció el agricultor una distincion de todas las clases de la sociedad: este pueblo de conquistadores se envaneció llevando á su frente un Cincinato, un Fabricio, un Escipion que al deponer en el capitolio sus victoriosos trofeos, volvían bendecidos y satisfechos á sus faenas campestres.

En el momento en que escribimos, los lores y *notabilidades* del imperio británico prestan su ilustrado esfuerzo al fomento de la agricultura y dan ellos mismos el ejemplo, aspirando con entusiasmo á los premios ofrecidos por las sociedades que la protegen.

Y en efecto, ¿qué ocupacion mas noble y mas grata que imitar á la naturaleza en su marcha, aumentarla, corregirla, variarla y esparcir entre sus compatriotas la abundancia y la felicidad? En ella el hombre no vive á espensas de sus semejantes, un sofisma engañoso no priva del sustento á un contrario desgraciado, ni el estruendo de la fusilería viene á inundar el suelo de luto, desolacion y sangre. No: el digno varon que labra los campos, se asemeja á la divinidad: habla, y á su mágica voz brota de la nada un mundo de seres orgánicos que embellecen la tierra con las formas y matices mas variados, pueblan los aires de esencias deliciosas y derraman por todas partes el sustento, el placer y la vida. ¿Qué le importa el mando y los honores? El reina sobre su creacion; creacion muda, pero sensible y dócil, que no paga con ingratitud sus desvelos, sino recompensa con usura á su bienhechor.

Un agricultor.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

BOSQUEJO

COMPARATIVO DE LAS LENGUAS.

Entendemos por *lengua* el modo particular á una nacion de explicar sus ideas por la palabra: diferenciase del *idioma* en que este comprende solo la índole y giro de las frases; de modo que la palabra *lengua* tiene un sentido mas general y abstracto. El *dialecto* consiste en el diverso modo de pronunciar ó terminar las palabras sin cambiar la sintáxis, como sucedía en Grecia, donde cada país tenía el suyo. Pero si en una nacion que obedece á un mismo señor, existen pueblos cuya habla se diferencia de cualquier modo de la lengua general, como en España; estos pueblos no hablan una lengua ni un dialecto, se sirven de un *Patué*, geringonza ó guirigay abandonado al vulgo.

Las lenguas tienen entre sí diferencias y semejanzas. Las diferencias consisten en que hay algunas faltas de voces para expresar ciertas ideas, mientras otras las tienen, porqué no hallándose todas en las circunstancias que las engendraron, mal pudieran inventar espresiones que no necesitaban. Nuestra lengua tiene infinidad de palabras desconocidas en la de nuestros padres, y se deben á los innumerables descubrimientos científicos, al distinto modo de cazar, á las guerras, á las modas, religion, &c.: muchas hemos olvidado, á lo que contribuyen el acaso que muestra otras mas.

enérgicas, el oído que perfeccionándose corrige la pronunciación, de manera que no son ya reconocibles; y la mudanza de costumbres que nos hace perder la significación de algunas.

El uso ha dado á cada término en las distintas lenguas cierta acepción principal ó accesoria por la cual se esponen unas mismas ideas bajo diferentes puntos de vista: es una de las mas grandes dificultades de la traducción, y nosotros con la mayor parte de los países civilizados, carecemos de un buen tratado de sinónimos que tanto diferencia el habla de las naciones. Por último, la sintaxis de cada lengua es la que nos da á conocer su verdadero carácter, y la que forma la barrera insuperable de las unas y las otras.

Pero siendo las lenguas el resultado de la inteligencia humana y del instinto, si aquella las diferencia, este les da muchos puntos de contacto. Así las palabras que dice un niño cuando principia á hablar, resultando mas bien del movimiento orgánico que del trabajo intelectual, debían ser casi iguales, y en efecto lo son; pues en todas partes *mamá* y *papá* y cuantas sílabas forman los labios, nunca se diferencian. Lo mismo sucede á los términos imitativos con que señalan los objetos, porque si los niños nombran las cosas bulliciosas imitando el sonido que producen sin que nadie se lo enseñe; han de ser semejantes sus palabras, como lo prueban aquellos nombres primitivos que suelen escaparse á veces del conato que tenemos en desfigurar ó rectificar la naturaleza. Hay otras palabras con que se nombran objetos de general utilidad, y que parecen hijas de un convenio tan universal, como incomprensible: no hablamos de las técnicas tomadas del griego y del latín en los idiomas modernos, sino de algunas, como *saco*, que casi sin variación se encuentran en todo idioma. Los términos que espresan las interjecciones y admiraciones, consistiendo en el grito ó voz natural, y usándose en las pasiones del instinto; tambien han de ser forzosamente semejantes, así como lo es la entonación de la voz, alma de la palabra, cuando se habla apasionado, de suerte que por ella deducimos la situación del que discurre, aunque no entendamos las espresiones de que se vale.

Las lenguas se dividen en *análogas* y *transpositivas*. La sintaxis de las primeras, sigue el orden analítico de las ideas en la sucesión de las palabras de que consta el discurso, siempre que no dañe á la claridad de la elocución: así lo vemos en el francés, el inglés, el español y el italiano, que si admiten hoy día algunas transposiciones en grados progresivos conforme los hemos nombrado, y

que antiguamente se hubieran llamado barbarismos, depende de las relaciones que ha tenido cada pueblo con los que alteraron su lenguaje primitivo. La sintáxis de las segundas, es libre, porque dan á las palabras terminaciones relativas al orden analítico y siguen en el discurso una marcha del todo independientes de la sucesion general de las ideas, como el griego, el latin, el aleman &c., aunque á veces se aproximan al orden analítico por la misma razon que las otras se apartan, ó para seguir el gusto del autor ó las leyes de la armonía. El aleman debe exceptuarse, porque el uso ha fijado todas las construcciones, y rara vez puede el autor marchar arbitrariamente como antes sucedía; pues viéndose en continuo roce con las lenguas *análogas* se ha sometido á todo su rigor para ser inteligible. En las *transpositivas* nunca desaparecen los rasgos fundamentales de la sucesion analítica, porque los nombres, pronombres y adjetivos se declinan á fin de prestarse á sus inversiones sin alejar la atencion del objeto principal: en las *análogas* aquellas partes de la oracion no se declinan, porque separándose muy poco del orden analítico, siempre el sentido se colige.

La lengua hebrea que es la mas antigua que conocemos, es *análoga* porque marcha al igual de nuestro espíritu: tiene por consecuencia menos arte que las transpositivas y la misma índole que las nuestras; de modo que si consiste en la sintáxis el genio de las lenguas, mas semejanza tienen el inglés, francés, español é italiano con el hebreo, que con las lenguas transpositivas. No se arguya con que tenemos infinitad de palabras de etimología latina, esto no prueba que sea madre de las nuestras, sino que al apropiárnoslas hicimos una conquista para cubrir la necesidad de términos. El céltico, ha demostrado Mr. Bullet que tiene la mayor analogía con las lenguas orientales y el hebreo, por un gran número de raíces comunes: la lengua goda, la sajona, el galo de los druidas, de donde salieron mancomunándose con otras el español, el inglés y el francés, eran el céltico puro ó dialectos de él, pues está probado que este idioma fué el que nos trajeron los bárbaros del norte. Luego si el oriente ha sido la cuna de nuestras lenguas, y el genio de nuestras lenguas es igual al de la hebrea, si quisiéramos cometer la sanidez de dar una *madre* á los idiomas modernos, mas razones existen para atenernos al hebreo que al latin.

Y no se quiera tampoco sostener que el italiano salió del latin. Roma vencida por los bárbaros del norte al sepultar en Bizancio sus riquezas, honores y principales familias, dejó en Italia un pue-

blo que para entenderse con sus mandarines tuvo que desnaturalizar su lengua y darla el carácter de la del dominador; razon por la cual se ha hecho análoga como las nuestras. Y no se diga que los vencedores siguieron á esclavos; pues sus hordas numerosas inundaban sucesivamente el país, degollando y destruyendo sus contrarios. Perdióse inevitablemente la índole de la lengua romana para no renacer jamás, y el italiano al tomar el fondo prestado de un dialecto céltico, abjuró á un tiempo la lengua de sus padres, su libertad y poderío. Decimos prestado, porque Teodorico dejándoles continuar en su habla, usos, condecoraciones y leyes é ignorando como sus demás compañeros la escritura, mas culpa tuvieron los italianos que sus conquistadores, en la desnaturalizacion de su lengua. ¿Y se quiere que el godo victorioso abandonara el enérgico idioma que le animaba en el combate y aplaudía en la victoria? La misma orden que dieron muchos años después de que los documentos públicos se hicieran en idioma latino, para que los estendieran mejor sus vasallos, ¿no es una prueba convincente de que conservaron el suyo en el trato familiar? Los moriscos se revelaron cuando se les mandó abandonar su idioma, y si el sojuzgado no se aviene á la ley, se la impondrá de su grado el vencedor? “Nada recuerda memorias tan queridas como el idioma que mamamos con la leche y al transplantarnos á otro suelo (dice Munarriz) llevamos con nosotros la patria por ingrata que se nos haya mostrado.” En una palabra, aquella lengua será *madre* con respecto á otra que como la rusa, la polaca y la ilírica, tengan la misma índole y palabras que la esclavona, de donde las tres se originan. Por otra parte se dice que el latin salió del griego y está probado que la Grecia permaneció en la barbarie hasta que Cadmo introdujo las letras fenicias: de modo que procediendo al infinito, era preciso decir como el Abad Girard burlonamente advierte: “que las lenguas modernas “de Europa son respectivamente *hijas* y *madres* unas de otras, solo “porqué su vocabulario ha engrosado por cambios sin fin que la comunicación de las ideas y las nuevas observaciones hicieron indis- “pensables.”

En cuanto al mérito respectivo de las lenguas, compararemos primero en general las análogas á las transpositivas y luego en particular.

Todas pintan las ideas segun el fin para que fueron creadas, de modo que la cuestion estriba en saber el partido que el arte puede sacar de su varia constitucion, ya se quiera lisongear el oido, ya

conmover el corazón, ya persuadir el entendimiento. Las palabras de las lenguas análogas son claras, obvias y sencillas: las de las lenguas transpositivas bellas, armónicas, elocuentes y exigen mucha atención para no perder su sentido. Aquellas deben ser por consiguiente mas propias al género didáctico ó científico, estas ó la oratoria y literatura: el hombre frío y sistemático que solo busca la utilidad, amará las unas; pero el ingenio emprendedor que tanto goza con la armónica terminacion de la sentencia, las delicias de la esperanza, la novedad de los conceptos y el encanto del conjunto, preferirá las otras. La coordinacion de las palabras en las lenguas transpositivas se acomoda mas á la rapidez de la imaginacion que presentando primero el objeto principal, nunca le abandona en la sentencia dejando suspenso el sentido hasta presentar la accion en que se le considera; lo que hace mas vivo y enérgico el discurso. Por consecuencia es el efecto de un trabajo intelectual sostenido, en que tanta parte toma la coordinacion fraseológica como la esposicion de la idea: luego en vez de ser este el primitivo arreglo del lenguaje, como piensa Blair, es al contrario el último esfuerzo de la civilizacion; lo que se comprueba examinando que solo cuando Grecia y Roma llegaron á alcanzar el auge de las luces, pulieron sus lenguas hasta darlas la melodía que las caracteriza, y el idioma de la antigua Atenas y del viejo Lacio no era inteligible á los Demóstenes y Cicerones. Las lenguas análogas colocan primero la persona ó cosa que ejecuta la accion, luego esta, y en seguida el objeto sobre que recae, siguiendo el orden de la naturaleza y del tiempo. Si el fin del lenguaje es comunicar los pensamientos con la claridad posible, es indudable que aun concediendo á Blair usara el salvaje de algunas inversiones, estas no podrían servir de fundamento á su habla, porqué la naturaleza le forzaba á seguir el orden mas sencillo y menos limado de las lenguas análogas. Por último, la concision y la energía de las transpositivas, las diferencias en extremo de las otras, pues en cuatro palabras de aquellas se espresan ideas que en las análogas no pueden esponeerse sin largos períodos, lo que se hará mas sensible comparándolas en particular.

Segun dijimos antes, el hebreo y el francés siguen escrupulosamente el orden analítico; el griego y el latin se apartan ilimitadamente de él; y el inglés, el español, el italiano y aleman, sirven de intermedio á estos dos extremos: los examinaremos pues en este mismo orden.

La lengua hebrea tiene un mérito incontestable para los anti-
cuarios y teólogos por envolver los principios de nuestra religion
divina, la historia del pueblo de Dios y la de sus contemporáneos.
Desconociéndola, la juzgaremos por otro idioma.

El francés que posee obras maestras en casi todos los géneros,
á lo que debe el haberse hecho la lengua universal, se fundó des-
pués que los demás de Europa: es el mas analítico de los idio-
mas vivos, pero tambien el mas frio; y como lleva la claridad al
mayor grado de servidumbre, es por su naturaleza contraito y es-
téril. Sumamente pobre de palabras imitativas y debiendo huir el
encuentro de sus vocales sin poder alterar el orden de las palabras,
tiene que escluir las mas propias ó sacrificar el sentido á la armo-
nía. Miserable en palabras compuestas y aun mas en diminutivos,
acule á frases para explicar su idea. Boileau en la versificacion
y Pascal en la prosa le han pulido y dado una elegancia descono-
cida hasta ellos: la monotonía, que es el inconveniente mas difícil
de evitar en sus versos, porqué depende del ritmo necesario en una
lengua compuesta de palabras duras, nasales y poco armoniosas,
desapareció bajo la pluma del satírico famoso que le subyugó como
esclavo. Esto prueba que los grandes ingenios han nacido para
vencer los obstáculos, los pobres para aterrarse á su vista. Con to-
do, la lengua francesa es muy limitada, no tiene el noble atrevi-
miento en las imágenes, ni las cadencias pomposas de la castella-
na, y si se ha hecho propia á las escenas dramáticas no se debe-
en verdad como pretenden los franceses, sino á cierta dulzura,
orden, elegancia, delicadeza y sencillez: para decirlo en uno,
al talento superior de sus principales escritores que nunca han de-
jado de quejarse de su uniformidad, sequedad y falta de inversio-
nes. Estos defectos nacen de que los nombres no cambian de ter-
minacion para señalar los casos, y por consiguiente son indecli-
nables, y es necesario añadir partículas y artículos; así las inver-
siones no son naturales en francés, pues las palabras no señalan el
enlace que tienen entre sí por su terminacion. Los griegos y lati-
nos se sorprenderían mucho al ver este aglomeramiento de mono-
sílabos *a, de, des, du, je, moi, il, vous, nous, elle, le, la, les* y el *que*
eterno del francés: tambien se encuentran en las lenguas análogas,
pero el español puede suplir los pronombres en las conjugaciones
y cuenta con la mitad menos de esas cuñas. Con todo, nuestro
nombre tambien es indeclinable, y así hay pocas frases traducidas
de aquellos idiomas que no requieran una tercera parte mas de las

palabras del original. Los verbos de nuestras lenguas no se conjugan sino en algunos tiempos del activo, lo que dificulta mas las inversiones. La mayor parte de las sílabas francesas no tienen número fijo ni valor determinado, y el mayor elogio que puede hacerse de sus versos, es hallarlos buenos en prosa: quíteseles la rima, y ya no se sabe si es verso ó prosa, pues en ellos la prosa elocuente es poética, y la poesía desecha excelente prosa. Comparémosle con el griego.

La lengua griega, por ser la del pueblo que brilló antes que todos en oratoria, poesía, artes, ciencias, y con quien no hemos podido rivalizar en muchos puntos á pesar del transcurso de los años y el crece de las luces, que une á la armonía encantadora de las palabras la concision y vehemencia en los afectos, es hoy dia la lengua de los sabios; y la fama de sus grandes hombres y de sus filósofos profundos en vez de debilitarse con el tiempo diariamente se consolida. En esta lengua todos los casos se declinan, todos los tiempos y personas de los verbos son distintos en activa y en pasiva, no requiere verbos auxiliares y su *medio* es una riqueza mas: con una sola palabra espresa cualquier tiempo que sea, todos sus participios son diferentes y con tres terminaciones variables á voluntad. ¡Qué habla tan rica y tan poética! No es solo libre en sus inversiones, cada una de sus sílabas es sonora y su prosodia es muy distinta: así el oido de sus naturales era un juez delicado y severo á quien debían contentar. *Canto* la cólera de Aquiles, dijo Homero, y ciertamente *cantó* porqué cada término tenía su acento propio, y la variacion de los sonidos hacía sus versos música recitada. Si se descompusieran aquellos, saltarían á los ojos *los miembros de un poeta destrozado*, como dice Horacio, pues la poesía era muy diferente de su prosa, dándola construcciones solo á ella peculiares. Los griegos eran tan superiores en su lengua poética á los latinos, como estos á nosotros: combinaban muchas palabras en una con todas sus imagines é ideas: un casco *reverberando por todas partes rayos luminosos*, y millares de objetos que para describirse necesitan muchas palabras entre nosotros, con una sola ellos la esplicaban.

La lengua latina, célebre por sus Virgilio y Cicerones, que ha copiado cuanto bueno existía en Grecia, que á la elegancia de sus frases mezcla los conceptos mas puros de la oratoria y la filosofía; declina tambien sus nombres y conjuga sus verbos; y aunque frecuentemente necesite del auxiliar, le faltan los participios pasa-

dos y carezca de la riqueza superabundante de su instructora; admite la mayor parte de sus inversiones, tiene una prosodia fija y una armonía desconocida en las lenguas modernas. Muchas de sus palabras no pueden traducirse sino en frases enteras y así el verbo *mirar* modificado por una proposición, significa: *prospicere* mirar de lejos, *inspicere* mirar dentro, *perspicere* de través, *introspicere* al fondo, *raspicere* detrás de sí, *dispicere* mirar un objeto entre muchos, *circumspicere* mirar al rededor de sí. Esta sola palabra pinta de repente lo que nuestra lengua hace con lentitud. De estas consideraciones resulta que si nosotros en el idioma que hablamos, cargados de mil cadenas, pudimos rivalizar con los griegos y romanos en muchas composiciones de verso y prosa; el mérito de la dificultad vencida nos hace á ellos superiores. Dejémoslos pues de lenguas muertas y empleemos nuestro tiempo en pulir y perfeccionar la de nuestros padres. ¿En qué ciencias no les superamos? Hemos de ser viles imitadores de los Marios y los Silas? Un pueblo de tiranos, cuya barbarie horroriza y cuya sola virtud en el fanatismo consistía, donde los vicios mas horribles se cantan con los mas dulces versos, ha de dictar leyes al siglo XIX? No es ridículo mirar hombres de corto alcance querer limitar el entendimiento de los otros forzándolos á hablar en un idioma extraño y lo que es peor, sin saber el suyo? Norabuena que los jóvenes aprendan una lengua de lujo, por cuyo medio pueden corresponder con los sabios de todas las naciones, interpretar ciertas leyes y lucir su erudición; norabuena que los que se dedican al estudio de las ciencias aprendan por obligacion á traducir latín; pero que se nos fuerze á olvidar el idioma patrio y hablar un guirigay tan incorrecto como el de nuestras clases, en un país donde no se han visto tres maestros que enseñen en dos años una lengua que se aprende en seis meses; no lo pudiéramos creer si diariamente no lo palpáramos. Puede aprenderse á traducir y escribir latín, mas no á hablarle: el *acento* que es la piedra de toque en los idiomas, se ha perdido; y el entendimiento forzado á explicarse en términos, cuya entonacion desconoce, se acostumbra á todos los vicios de la pedantería y declamacion aristotélica, y lo que es peor, á creer que su patria es una mona, y rastro la lengua de sus padres.

El inglés, menos puro, claro y correcto que el francés, está aun mas cargado que este de auxiliares, partículas, artículos y pronombres. No tiene tiempo condicional, apenas conjuga, y sería mitad francés, como dice La Harpe, si su inconcebible pronunciacion no

se separara de todas las lenguas del mundo. Ha nacido de la mezcla del sajón con el normando. Pero si Gower escribía inglés á mediados de la sexta décima centuria, no se ha fijado la formación entera del habla hasta el reinado de Isabel. Falto de prosodia, la suple con la energía del carácter de la nación y sus tumultuosas discusiones parlamentarias en que el idioma se doblega y suaviza. Sus tiempos y modos se forman con la sencillez que pide su pobreza, y como este idioma no está pulido, se apropia indiferentemente y sin variar las terminaciones todas las palabras de que carece, sean latinas, francesas, italianas, &c. con tal que expliquen bien la idea. La poesía enérgica y melancólica de esta nación, pinta con propiedad el carácter taciturno, fanático y entusiasta de los ingleses, y por las inversiones que se permite, da al estilo cierta armonía de que el francés carece y con la que puede esquivar la rima. Sus grandes oradores que desde el año de ochenta se han sucedido sin interrupción y que pudieran con sus discursos asombrar al mundo como el impetuoso Mirabeau, no los han escrito ni las cámaras han nunca consentido en la presencia de los taquígrafos, lo que es una pérdida sensible é irreparable para la literatura. Esta lengua posee grandes riquezas en sus obras de matemáticas, de física y de comercio.

La lengua española está formada de palabras godas, árabes, latinas, bascuences, púnicas, americanas y otras de origen desconocido, y aunque según el Dr. Wallis los primeros habitantes de la península debían hablar la antigua lengua de los cántabros que no tiene semejanza con ninguna otra y que aun se usa desde Vizcaya hasta Bayona; sus razones no prueban que nuestra madre conocida y natural, si se ha de admitir alguna, deje de ser la goda, derivada de la hebrea. Nuestra lengua se pulió antes que las demás de Europa, como se comprueba con la simple lectura de *las partidas* cuyos giros todos se conservan y cuyas palabras existen casi sin variación á pesar del transcurso de los siglos; mientras que la usada en su tiempo por las otras naciones es ininteligible á sus mismos descendientes cuyo dialecto cambiaba de siglo en siglo. Nuestra lengua, bien diferente como hemos probado de la de Roma, estuvo condenada mucho tiempo al uso familiar, hasta que bajo S. Fernando y su hijo Alonso el sabio se logró perfeccionarla; y siendo superior al latín incorrecto é impuro de su siglo, se mandó usar en los documentos públicos. Hallándose justamente colocada entre la esclavitud francesa y la libertad latina, une al encadenamiento filosófico de las ideas, la hermosa rotundidad de la palabras. Libre, gigan-

tesca y atrevida, ora la vemos en Granada elevarse dignamente hasta el creador, ora elocuente y magestuosa persuadiendo en Jovellanos, ya arrastrando en la tribuna con el fuego de Demóstenes en la boca del desgraciado Mexía, ya alegre y vivaracha jugueteando en nuestros cómicos y tomando bajo la pluma de Cervantes el carácter que á su caprichoso ingenio le antojaba. La gracia, el donaire y dulzura varonil de nuestra lengua, no ceden á ninguna; pero vive semejante á una jóven esvelta y linda al cumplir de los catorce, ansiando la perfeccion que no alcanzara. Mas abundante en palabras que todas las modernas y mas que rica en sus modos de decir, no tiene que emplear tantas partículas y verbos auxiliares como las otras: lo que un francés dice en cinco renglones, el español lo expresa en cuatro: un Racine y un Masillon y el habla española puede desafiar todas sus rivales.

La italiana que es la mas dulce y menos filosófica de las lenguas análogas, presenta un campo vastísimo á la bella literatura por sus fantásticos poetas, sus grandes improvisadores, sus estudios en las artes y en la historia; pero carece de buenos autores en las ciencias. Sus palabras que nacen en gran parte del latin por corrupción, se han ido suavizando conforme el pueblo degeneró del vigor romano. Sus versos pueden campear en toda libertad, y como dijo Carlos V, es por excelencia la lengua del amor. El Dante que es el primero que la fundó, apenas se entiende hoy, pero el conciso Metastasio y el enérgico Ariosto la alzaron á un punto desde el cual disputa la victoria. Alfieri ha tratado de espresar las pasiones mas fuertes con términos vigorosos, y ha conseguido demostrar que la lengua italiana sobrepaja en energía á la francesa. Cada idioma tiene el mérito esencial de seguir el carácter de los naturales que le usan, y así muchos piensan que quitársele, es dar al leon el baido de la oreja ó á esta el rugir del otro, razen por la cual dicen que Alfieri desnaturalizó su idioma.

Por último, el aleman, compuesto de sílabas largas y breves, con epítetos bellos y variados, tiene la dificultad del griego careciendo de su hermosura; porqué segun dijimos, su prosodia mas depende de combinaciones abstractas que *instintivas*. Sus constantes y originales autores, han brillado en excelentes obras de derecho, medicina, historia natural y principalmente en metalurgia. A su idioma, mas esclavo que el italiano, mas poético por sus imágenes que el francés, mas favorable al ritmo que el inglés y no necesitándole en la versificacion; aun le queda la rudeza de las palabras mas

fuertes que las ideas. Monótono y poco usado en la sociedad, es la única lengua cuyos versos se comprenden quizá mas fácilmente que su prosa, porque el sentido acaba con la frase en ellos, prolongándose en la otra indefinidamente.

CRITICA.

Panorama Universal.—Universo Pintoresco.

La pobreza de los poetas y de los literatos, ha pasado á ser proverbial, y muchos verdaderos literatos y poetas nos han legado vivísimas descripciones, ya ridículas, ya graves, de las privaciones y miserias de estos seres, otro tiempo desventurados, en cuyas venas circulaba el fuego de la inspiracion y de la poesía; pero el literato hambriento y el poeta descosido y roto son ya tipos absolutos y olvidados, que han dejado de existir juntamente con los duendes, las brujas y las almas en pena. Ya no se encuentran aquellos hombres de otra época que cultivaban las letras por amor á las letras mismas y sin ninguna mira de ventajas pecuniarias. En nuestro siglo, eminentemente comercial é industrial, (material y apezgado al fango de los deleites, le llaman algunos) se especula sobre los libros como sobre los algodones: los productos del genio se venden por tomos como las telas por varas, y se forman sociedades anónimas ó en *comandita* para escribir una obra, como para abrir un canal ó construir un camino de hierro. Fruto de una de estas inspiraciones mercantiles es la coleccion francesa que nos ha movido á componer este artículo, y de la cual con los dos títulos puestos á la cabeza circulan en esta ciudad dos diferentes versiones: en dicha coleccion se anuncia la historia y descripcion de todos los pueblos, su religion, usos y costumbres, con láminas finas de los principales lugares, monumentos antiguos y modernos, trajes, muebles y otros artículos de artes. Inmenso como aparece este cuadro y difícil de llenar ni aun medianamente, no han faltado emprendedores osados que han arrostrado con él, ni suscritores inocentes

que han tragado el anzuelo halagados por la *finura ofrecida* de las láminas y lo módico del precio, porque ¡á quien no le gusta ver á Pekin, Nanking, Ormuz é Hiderabad, sin salir de su aposento, y saber á que hora se levantan los tártaros mandchous y cuántas veces al dia comen los hotentotes?... ¡En verdad que no faltan hotentotes ni tártaros en los países que se tienen por cultos y civilizados!

Por lo que toca á la ejecución, ya esa es harina de otro costal: á la vista tenemos los volúmenes que tratan de la Armenia, Chile, Suiza, el Tirol, Rusia, Italia y Egipto, y en ellos no encontramos otra cosa que una narracion histórica, difusa y cansada de los sucesos mas vulgares é insignificantes que se encuentran en todos los compendios y tratados generales y particulares, repitiendo por la cienmilésima vez los mismos sucesos, los mismos dichos, los mismos errores y las mismas equivocaciones que nos consignaron los antiguos historiadores y han copiado con escrupulosa fidelidad los compiladores de todos los siglos y países, sin hacer caso de los trabajos de hombres eminentes que han empleado toda su vida en compulsar códices y revolver archivos, procurando distinguir la mentira de la verdad, y separar esta de las exageraciones y fabulosos incidentes de que por lo comun se encuentra sobrecargada en aquellos engañosos libros. En cuanto á las láminas, que sin duda era el mas poderoso aliciente con que contaban los empresarios, ni son *finas* ni *exactas*. El objeto aparente de los que las dibujaron y grabaron no era el dar una representacion verdadera de las obras de la naturaleza ó del arte, sino *causar efecto*, ó lo que viene á ser lo mismo, sorprender y cautivar á los ignorantes. Si alguno cree que exageramos, no tiene que hacer para convencerse, mas que examinar por sí las que representan al castillo de Van, á Betlis y Erivan en Armenia, y que nos diga si es posible que semejantes construcciones en los parajes en que se ven figuradas pueden haber salido de las manos de los hombres, ó si mas bien no parecen nidos de águilas ó de condores, que solos pueden llegar á tan encumbrados vericuetos. Además, entre el testo y las láminas no hay la menor conexio: el primero puede muy bien subsistir sin las últimas, y estas para nada necesitan de aquel. Los monumentos, los pueblos, los sitios que figuran, ó no se nombran ni una sola vez, ó cuando mucho se hace de ellos una mencion ligera y accidental.

Tal es la famosa coleccion histórica y artística que ya bajo la denominacion de *Panorama Universal*, ya bajo la de *Universa*

Pintoresco, están reproduciendo en nuestro idioma las prensas barcelonesas y habaneras. De las primeras hemos recibido unos sesenta cuadernos que comprenden la historia de Armenia, Chile, Suiza, Tirol y parte de Rusia con sus correspondientes láminas. De la edicion que se publica en nuestro país, solo han aparecido hasta la fecha, catorce cuadernos, aunque de doble estension que los anteriores, y solo hemos visto ocho que encierran parte de la Italia moderna y del antiguo Egipto. No es fácil en el momento actual hacer una comparacion exacta entre ambas, porque hasta ahora se han ocupado de asuntos distintos; sin embargo, nos atrevemos á dar la preferencia á la empresa habanera por tener mucho mejor papel, y parecernos sus láminas de mas mérito que las de la edicion barcelonesa, y por lo que respecta á precios, aunque son los mismos en ambas, la primera ofrece ventajas no despreciables, en la espectativa de los premios de lotería á que tienen opcion los suscritores.

Réstanos hablar del mérito intrínseco de ambas traducciones, tarea áspera y poco grata para el que la desempeña, indiferente para los lectores, y aborrecida y calumniada de los interesados, que aunque convencidos en el fuero interno de que ó por sobra de precipitacion, ó por falta de habilidad, no pueden haber hecho una obra tolerable, jamás estarán dispuestos á confesarlo, y todavía menos consentir que otros saquen á plaza sus defectos. Sin embargo, al emprender esta carrera, tan noble como mal apreciada, antevismos sus riesgos é inconvenientes, y nos resignamos á tolerarlos, y ni el temor ni la esperanza nos harán separar un ápice de lo que creemos justo.

Principiando por la version barcelonesa, todo lo bueno que podemos decir de ella es que no es de las mas malas, y que otras peores se imprimen y aun se celebran: ¡ya se ve! todo se imprime! decía Moratin en su tiempo, y si hubiera alcanzado nuestros dias, habría añadido: *y todo se celebra!* Si se imprime ó se representa en las tablas una mamarrachada, nunca falta un cofrade caritativo que haga el elogio de la obra sublime y del genio creador que la produjo. Desde que hay tanto *genio* desapareció el *ingenio*.

“Este olvido, ó mejor diremos, este abandono de la nacion armenia, que desde luego podia tildarse de injusto, nace de dos causas principales. Procede la primera de la naturaleza de nuestro entendimiento, que tiene precisamente que ceñirse en medio del anhelo de saber que le acusa, y que no pudiendo dar cabida sino á

los conocimientos mas notables, se *ciérne* constantemente sobre las *cumbres de las generalidades* ó de los hechos principales, á no ser que se detenga en las regiones secundarias de la historia, ya con la mira de abarcar mejor su conjunto, ó ya con el objeto de satisfacer su propia curiosidad. La segunda causa puede buscarse en la falta de medios ó datos suficientes para enterarse de la historia y la vida de este pueblo separado de nosotros, *mas aun* por su idioma que por los montes y los mares."

Este pasaje puede darnos una idea aproximada de las cualidades buenas y malas de la traduccion que nos ocupa: pesada y mazorral en su estilo, sobrecargada de ripio, con algunos resabios de impropiedad y mal gusto, y una que otra locucion poco castellana; pero libre á lo menos de las zafias barbaridades en que abundan otras que han dado justo motivo á nuestra mas acre y punzante censura.

"Las costas del sur (en Chile) están *infestadas* de focas y delfines; estas aguas jeneralmente abundan en pesca y en numerosas especies de moluscos. Los insectos son muy raros; no se encuentra mas que un pequeño escorpion blanco, unas arañas, de las cuales hay algunas *de muy grande dimension*, y *musticos*." No sabemos á que elase, órden, género, especie ó familia pertenecen estos últimos animalitos, de los cuales podría quizá decirse con mas propiedad que *infestan* las *costas*, que de las inofensivas focas y los no menos inocentes delfines.

"Entre el Eufrates y el mar Caspio se halla un país *tan estenso casi* como el reino actual de Francia; linda al norte con la Jeorjia y el monte Cáucaso, y se dilata al sur hasta el Diarbekir. Esta region es la Armenia, nombre que leemos ya en nuestra niñez en los libros sagrados, y que nos recuerdan algunos autores clásicos que se dan en las escuelas y colejos. Con efecto, se lee en el Génesis, &c." ¿Qué razon habrá para escribir *Génesis* cuando se escribe *Jeorjia*, *rejon* y *colejio*? Pero ¿qué razon ha de darse cuando es el capricho el único móvil de estas innovaciones extravagantes?

Pasando á la version habanera, y no permitiéndonos dilatar nos mucho el corto espacio que nos queda, nos contentaremos con transcribir dos ó tres pasajes de las primeras páginas para que el lector discreto forme juicio de su mérito.

"Para escribir la historia de la Italia moderna, sus revoluciones, usos, costumbres y leyes, no podría hacerse con mayor exactitud que principiando desde el reinado de Constantino, época en

que la religion cristiana arrebatada de manos de verdugos fué investida con la púrpura imperial."

El autor seguramente no dijo lo que el traductor le hace decir, á saber, que Constantino obligó á los verdugos á que abjurasen la religion cristiana, para *investirla*, ó como decimos en castellano, adornarla con la púrpura imperial.

"Constantino, hijo del emperador Constancio Cloro, nació en *Naise en Dardania*; no descuidó el estudio de las letras, aunque le precisó (quién?) aplicarse á la carrera de las armas."

"En fin, murió sin haber visto abatidos los cristianos y los paganos triunfantes que era lo que tanto parecía deseaba, pues al contrario, en vez de desanimarse aquellos, su número á su muerte era mayor y estaban mas estrechamente unidos. Pero esto estaba en el destino independiente de la religion de Cristo, que debía recibir el imperio romano."

Verdaderamente este es un pasaje curioso: una coleccion de frases viciañas y de equívocos, que con seguridad puede apostarse al mas sabio historiador y al mas hábil lingüista, que no le desentrañan el sentido.

"Después de los *cimbras*, vencidos por Mario, los pueblos invasores de la parte septentrional fueron los *visigodos* y *godos occidentales*, los cuales insultaron el águila imperial, hasta entonces siempre victoriosa, pero viendo no era tiempo de asegurar el éxito, se mostraron satisfechos con el permiso que obtuvieron de habitar en las orillas del Danubio: siempre que avanzaban eran rechazados, y precisados á permanecer en aquel país, se destruían con guerras intestinas."

Esta es mas negra: el autor suprime la mitad del original, y trastrueca el sentido de la otra mitad; pero dejemos al águila imperial que digiera como pueda sus insultos y trate de poner puertas al campo, y vamos á los visigodos, que mas de cerca nos tocan por ser gente de casa. Los visigodos y los godos occidentales eran una mismísima cosa, y se diferenciaban de los ostrogodos, llamados tambien godos orientales, de manera que los pueblos invasores de la parte setentrional, que el águila quiso contener y no pudo, porque la lima del tiempo había desgastado y carcomido sus garras y pico, eran los ostrogodos y visogodos, ó séanse los godos orientales y occidentales. En cuanto á los *cimbras*, vencidos no por Mario, sino por Cátulo, continuaremos como hasta aquí llamándolos *cimbrios*.

"Este terrible Alarico dió entonces un claro testimonio del respeto que profesaba á la fe de los cristianos, que prescribía abolir la servidumbre, exigiendo le entregasen los prisioneros godos reducidos á esclavitud, por cuyo medio fueron declarados libres mas de 40.000 que marcharon con su ejército."

En honor y en conciencia no nos atrevemos á decidir si es el autor el que ha estampado aquí una necedad, ó el traductor, el que desfigurando el testo, se la endosa. Alarico obligando á los romanos á que le devolviesen los prisioneros que le habían hecho, obraba segun los mas obvios principios de política y de propia conveniencia, y nada tenía que ver su accion con el respeto que tuviese ó no tuviese á la religion cristiana. Tanto valdría decir que el que persigue en justicia á un deudor moroso, lo hace por amor al derecho de propiedad, y no por recuperar su hacienda.

El traductor estará, no lo dudamos, muy versado en su *Chantreau* y en su *Nuñez Taboada*; pero de seguro no es muy fuerte en la gramática ni en la literatura de su propio idioma: así es que ostrokea y desfigura casi todos los nombres históricos y geográficos que castellaniza, ó los deja en francés con su pelo y su lana. Al emperador Juliano le llama *Julian*, como si fuera alguno de sus condiscipulos, á Procopio unas veces *Procopo* y otras *Precope*; á Amiano Marcelino *Marcelino Amien*; al Rey Albuino, *Alboin*; á los tesalonicenses, *tesalónicos*, y al Monte Casino, *Moncasin*....! Las erratas que corrompen estos mismos nombres, son innumerables como por ejemplo: *Magensio* por Maxencio, *Aesio* por Aecio, el *Lasio* por el Lacio, *Narces* por Narsés, el *Elva* por el Elba, *Libonia* por Livonia, *Spoleta* por Espoleto, *Boristena* por el Boristenes, el *Enis* por el Ems, &c.

Cuestion político-literaria.

¿Por qué se tolera que la ignorancia ó la incuria de los traductores y correctores emponzoñen de este modo las fuentes de la instruccion pública?



SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MARIANO

ó LA

EDUCACION.

OCTAVA PARTE.

—Señor Moro, vengo por la octava parte del Mariano, pues el cajista está con los brazos cruzados.

—Señor Cristiano, míreme Vd. hecho una podagra desde los piés á la cabeza, rodeado de opodeldolch, de Bouvée y de todas esas redomas y raíces que han transformado mi mesa en un botiquin: ¿de esta manera, qué Mariano ni qué calabazas me pide Vd.?

—¡Pero, Señor, y la Cartera?

—¡Pero Señor, y mis piés, y mi boca y todo mi cuerpo? véame la lengua toda despedazada; imagine pues con que humor estará un hombre que habla por uñas y pesuñas. Además si mi doctor supiese que tomaba la pluma siquiera por un momento, ya tenía un pretexto famoso para atribuir todos mis padecimientos á esta tarea.

—Si á lo menos encontrase Vd., como otras veces, algun borrador transconejado que nos pudiera sacar del paso! porqué yo conozco muy bien el geniecito de los Averroes y de los Avizenas para no temer que se me echase tambien la culpa de su enfermedad por esta exigencia. Por otra parte, mientras mas se avanza en el tal Mariano, veo que la empresa se hace mas difícil.

—¡Pues esta es otra! mi querido amigo: vaya Vd. inventando á estas horas cosas nuevas en un círculo tan estrecho como el toril en que nos hemos acorralado; ¡y en cuánto á las personas? aun es todavía peor: si Vd. introduce alguna de sesenta años, todos los que en aquel día han cumplido esta edad vienen á quejarsele porqué los ha sacado á la palestra. No se puede insinuar que un hombre lleva un levitón, pues los pocos que barren aun las calles con los suyos, se piensan que se les ridiculiza: ni tampoco puede hablarse de los que usan levitillas, pues es tal la balumba de murciélagos que se creen retratados con sus *naguetas* que no les llegan á las corvas, que le ponen á uno en el último trance: y por Alá que creo ser este el origen de la terrible irritación que padezco; pues ha de saber Vd., amigo mio, que es una irritación mi mal, según el bendito doctor; bien es verdad que desde Broussais acá no se adolece ya de otro mal, y los tabardillos, garrotillos, empachos, tercianas &c. ya no se encuentran en el mundo ni para un remedio. Sin embargo, si Vd. tiene la bondad de sentarse, de apartar de esa mesa una docena de redomas y de papelillos, de requerir la mal tajada peñola, de revolver la tinta clarucha de mi escribanía, podremos quizás.... ¿pero qué, estaba Vd. ya escribiendo?

—Si señor, ya he puesto toda nuestra conversación para que á falta de....

—Sí, á falta de pan buenas son tortas; pero ¿qué tiene que ver?... En fin, salga lo que quiera. Ello es que Mariano quedó en la volante con el buen eclesiástico, asaz mohino y orejicaído, dirigiéndose á.... ¿Vd. se acuerda adonde se dirigía?

—Pues está buena la ocurrencia! ¿No es este un hecho verdadero?

—Sí, hombre, esta es tan verdadera como otras muchas historias: á lo menos si no han sucedido estas mismas cosas han sido otras que se les parecían como un huevo á otro huevo. Pero continuemos, que ya estoy en autos.

Llegaron con efecto al ingenio la Emulación, Mariano con mucho susto, el eclesiástico con lástima y risa á un mismo tiempo, y Encarnación triunfante por el éxito estapendo de su bribonada. D. Vicente recibió á su hijo á carcajadas, y D^a Marcela no pudo menos de preguntarle si venía bueno, después de reirse también á su sayo y con mayor mesura, pero al fin reirse; de modo que el desconcertadísimo mancebo conoció perfectamente que allá

le habían reconvenido con razon, y que acá con razon tambien se mofaban de él en sus barbas. Cuando un hombre se penetra de que su conducta le espone al escarnio y á la reprobacion de los demás, no le queda callejuela á su amor propio para evadirse del terrible convencimiento de que ha sido á la vez un tonto y un pícaro. Tal era en mucha parte á la verdad, la posicion de nuestro héroe; y así contestando solamente medias palabras, que salían mas bien por las narices que por la boca, afufó, como alma que lleva el diablo, para asearse en su cuarto.

—Paréceme, dijo el eclesiástico, que hemos estado muy severos con la primer muchachada de nuestro Mariano. Y Vd. Sr. D. Vicente se ha reído mas de lo que permite la caridad cristiana de nuestro prójimo y el amor paternal de los desatinos de nuestros hijos.

—Pero amigo mio, respondió D. Vicente; yo no he dicho esta boca es mia á nuestro Amadís de Gaula que se vá como los gatos en enero á buscar á su hermosa zapaquilla por entre valles y bosques á la hora en que todos los cristianos llevan tres de sueño.

—No digo yo esto por celebrarle la gracia, replicó el padre, pero como aquí lo que tratamos es de enderezarle por el buen camino, no juzgo que sea el medio mas á propósito el de irritar su amor propio: si este se para, como dicen aquí en la tierra, ha de costarnos después trabajo el hacerle doblar el cervigullo.

—Sí, sí, dijo D^a Marcela; pero un poco de burla no está mal para curarle de ciertas extravagancias.

—El, que nos miraba poco menos que como á hotentotes, añadió D. Vicente, ó á lo menos como á unos clasicones del tiempo de las pelucas con rizos y de los tontillos ¿qué no se habrá quemado al experimentar nuestra justa rechifla?

En esto se presentaron D. Meliton, Seide y D. Cipriano que habían estado por la casa de Calderas y en el secadero; pero creo que sería sobrado monótono el referir los sucesos, muy poco notables á la verdad, que pasaron en algunos dias que residieron aquellos huéspedes en la Emulacion. Baste decir para la inteligencia de esta verdadera historia que el eclesiástico se retiró al cafetal de D. Telesforo después de haber dejado mas tranquilo á Mariano, y menos risueños á sus padres; y que en la imaginacion de nuestro héroe, á pesar de su arrepentimiento y á pesar de su bochorno, revoleteaba aun la figura aérea de Paullita, aunque estrañando singularísimamente que no hubiese procurado escribirle ó darle de

cualquiera otra manera conocimiento de su situación; bien que decía entre sí,—“Como estará rodeada de negros, y estos parece que no son tan caritativos con los amantes como los blancos, no le habrá sido dable á la infeliz dirigirme siquiera dos letras.” Tan buen concepto tenía por lo que le había sucedido, de virtudes que no tienen siempre, si hemos de decir verdad, nuestros benditos siervos. D. Vicente asesorado con D. Meliton, y oídos previamente el mayordomo y el mayoral, decidía sobre el número de cajas de azúcar que podría hacer, vistos los panes que estaban ya en el secadero: en cuanto al precio, las noticias eran discordes; los comerciantes, según le escribían, opinaban por la baja, y los hacendados por la subida: D. Meliton y él estaban por esta última opinion. D^a Marcela *siempre la misma*; de modo que debió haberse casado con aquel D. Antonio *siempre el mismo*, de quien hace el padre Isla chistosa y célebre recordacion en su día grande de Navarra. Los dos huéspedes tan aficionados al ergo y tan aferrados en sus pareceres, como puede recordar el lector (si la leyó) por la empeñadísima contienda de metafísica; tuvieron amplia materia para disputar de día y de noche, hasta cansar á los de mas resistencia con la famosa cuestion del ferro-carril que concluyeron con las desvergüenzas mas despreciables y sin la disculpa del chiste y de la oportunidad. Para dar un colorido en parte á su excesiva terquedad, ponderaban mucho la importancia del punto discutido; como si esta importancia autorizase al primer menguado á venirnos á romper la cabeza con lo que no entiende ni le toca y atañe.—¿Es muy importante la cuestion? Pues bien, dejadla por lo mismo á quien pueda con conocimiento de causa; y hablad vosotros de lo que sepais, ó callad que ya es tiempo.

Una famosa pelea de gallos que debía celebrarse el domingo, que era el día siguiente que se habló de ello en el ingenio, en un lugarcito no lejos, donde se bailarían por la noche y todo lo demás que es de costumbre, excitó la curiosidad de aquellos señores para ir á la funcion; y acudidos por D. Meliton á quien no disgustaban estas borrascas, á pesar de sus años y de sus reverendas, salieron pues al paraje indicado D. Meliton y D. Cipriano en un famoso quitrín con su trio, y Seide y Mariano en dos fogosos caballos que no cabían por aquellos campos. Mariano no había visto en su vida una valla de gallos, ni podía comprender que hubiese gran diversion en contemplar á uno de estos animales encarnizarse tan bárbaramente contra otro de su especie. El tigre no ataca

aunca al tigre, ni el buitre despedaza á otro buitre: estaba reservada esta ferocidad á los gallos ingleses para diversion del género humano: pero qué, ¿no es el hombre tambien una excepcion de esta regla general de la naturaleza? hombres fueron los que quemaron á sus hermanos creyendo sacrílegamente que honraban así á la divinidad; y hombres son los que todavía á pesar de la religion y de la filosofía, se esterminan con el mayor encono y por cuantos medios puede sugerirles su furor, muchas veces por intereses mezquinos, que no son suyos, ó que son injustos. En fin, llegaron al pueblo y tuvo Mariano oportunidad de encontrar á infinitos, como el de la taberna de marras, con su gallo en la mano, montados en caballos de paso menudito y con la camiseta de fuera, aunque la mayor parte traían su chupetin de guinga, y todos el machete con la empuñadura de plata. Vistosa era aquella comparsa y mucho mas si detrás ó delante del ginete venía alguna dama de aquellos montes con unos pañuelos de seda de colores muy fuertes y unos sombrerones con plumas y flores que cada uno podía proveer una tienda de modista; no faltando alguna de estas amazonas que cabalgaba sola su corcel no sin gracia y desembarazo. Pero llamole mucho la atencion el ver á un hombre cincuentón que á la puerta de una casa tenía un gallo muy pelado por babor y estribor espurriándole aguardiente y chupándole el pico con un esmero que es muy difícil hubiera empleado con sus mismos hijos, si es que los había tenido.

—¡Y todo un hombre, exclamó Mariano, está ocupado en tan ridícula fustrería!

Apenas descansaron un instante, se dirigieron á la valla donde debía verificarse la apuesta: las localidades, que no eran muchas, se ocupaban apresuradamente por gentes de todas cataduras, y lo que es mas, de todos colores. Mariano y sus amigos tuvieron al instante á su lado á Encarnacion *para lo que mandasen niña*; los gallos que estaban en sus jaulas en lo interior cantaban repetidamente como el clarín que anuncia el combate, ó vanagloriándose ya de su triunfo y del esterminio de sus contrarios. Luego principiaron algunas riñas parciales, mientras llegaban los grandes contendientes de la apuesta casada de no sé cuantos centenares de onzas; el uno que venía desde la Sierra del Cobre y el otro poco mas ó menos del Cabo de S. Antonio, y no podía á la verdad, asunto mas grave haberlos podido traer desde distancias tan apartadas.

No tardó mucho nuestro héroe en ver lo útiles que son en aquellos parajes las gentes de color, pues hablando francamente, el uso de la palabra está allí en razón directa de lo atezado de la cara de los concurrentes: él casi podía decirse que no tenía ni voz ni voto: D. Meliton decidía á media voz, los otros hacían algunas apuestas, y Encarnación era el heraldo que proclamaba con sus poderosos pulmones las que proponían sus señores; y como todos los demás hacían lo mismo, se levantó tal estrépito, que solamente una cabeza de gallero podría soportar: agregábase á esta ruidosa vocería la multitud de términos extraños y la singularidad de las apuestas que se anunciaban produciendo un lenguaje, ó por mejor decir un guirigay, que no podría entender ninguno que no fuese de la secta. Sonaba por una parte: *al Jiro vòy veinte pesos, doce á ocho por el Talisayo, el Canelo y Bacuno pelearán con el Indio y con el Prieto*; y otros que gritaban *por la pelea del Naranjado*: llegando á tal extremo la algarabía, que una gallina es entre los galleros un gallo; para que no los comprendan ni en la misma interpretacion de lenguas.

Mariano apostó mucho y perdió casi siempre, de modo que el saldo quedó muy á su cargo, por lo que habiendo apurado el dinero de sus bolsillos, uno de sus contendientes que se llamaba el Sr. La-Sota, le hizo crédito por valor de mas de mil pesos con la mayor generosidad y finura, aunque exigiéndole un billetico á su orden, por pura formalidad; aunque ciertamente el pobre Mariano no pudiera darse razón del cuando ni el cuanto de sus pérdidas, ni de las personas ni el motivo con que apostó: en una palabra, él no sabía mas que la algazara con que le habían aturdido, el calor que le sofocaba y que le hacía sudar por todas partes de su cuerpo, y en fin, el dinero de que se había visto despojar en aquella fatigante batahola. Salióse pues, mohino de la valla para respirar el aire libre, y lo mismo sus otros compañeros de viaje, quienes poco mas ó menos habían tenido la misma suerte, aunque no la misma desgracia.

Reunida ya nuestra familia, se encaminaron á muy poca distancia á la casa del médico, que lo era del ingenio de la Emulacion y de casi todas las fincas del rededor, el cual había convidado á mucha gente con motivo de la reunion y de la solemnidad del día. Encontraron pues en aquella casa, que no era de las mas espaciosas, infinita gente que iba con el mismo fin que ellos, y cuyas figuras tan distintas entre sí daban á aquella reunion el aspec-

to de una continuada máscara interrumpida por varios negritos y negritas que ya servían candela, ya vasos de cerveza y sidra, y ya naranjada y agua de coco á las diferentes personas que se iban apoderando de una prolongada y permanente mesa que desde el desayuno invadía casi todas las habitaciones del doctor, y tenía que ser á la fuerza el estrado donde se reunían los que llegaban.

Difícil empresa sería el describir la diversidad de personajes que concurrían allí, desde la culta dama y el remilgado lechuguino de la capital, hasta la campesina rústica, pero adornada con exceso, y el festivo guajiro: el médico bullía de aquí para allí dando órdenes á veinte negros que regularmente no obedecían las diez y nueve y media, y acelerando los aprestos del banquete sin que faltase por supuesto la simetría, palabra que él repetía sudando la gota tan gorda, y de que quedaban enterados los negros bozales que le servían de pajes. No obstante que nos proponíamos no nombrar á ninguno de los que componían tan numerosa concurrencia, la necesidad de tratar de algunos de ellos en el curso del banquete, nos obliga á hacer una excepcion en su favor.

Principiaremos como es de justicia por el retrato de nuestro nunca bien ponderado *Doctor Nonsapia*, cuarenton rechonchito, manicorto, muy decidor y que tambien tenía su versito en la punta de la lengua para cada brindis de Champagne. Acompañábale el bachiller *Mostacilla*, de los mas elegantes de la capital, hombre que se había estrenado ya con un drama, ó á lo menos con un sainete, no hay seguridad en este punto; y que siempre que tenía un duro en el bolsillo hacía insertar en el *Lucero* algun soneto á la muerte de un amigo á quien no conoció cuando estaba en vida, ó á los ojos de una dama que jamás se habían dirigido á su famosa barba de abencerraje, ó en fin á los dias de alguna persona que lo mismo se cuidaba de él que de los habitantes de la luna. Terminará este cuadro por el bachiller *La-Garra*, enjuto, cejijunto y atezado, cuya nariz de papagallo, en dulces coloquios con su prominente barba, manifestaba todo lo enredado ó por mejor decir enredoso de su ingenio, y cuya mano larga, belluda y desearnada, convenía tan perfectamente con su apellido: había aprendido la jurisprudencia en los antros hediondos de la *vale* en lo mas abatido de la curia: creía sinónimos, *enredar* y *pleitear*, y el éxito de todo pleito no debía ser, segun él, sino la acumulacion de costas y la seguridad de su pago; pues consideraba lo demás como farrago de leguleyos.

—¡La sopa! gritó denodadamente el mélico, y con mas razon habiera podido decir las sopas, pues pasaron de diez y ocho los enormes morteros que haciendo funciones de soperas habian cubierto la dilatada mesa. Grande murmullo se levantó, en todas partes ruido de platos y cucharas; y ¿gusta Vd. de sopa de tortuga? ¿gusta Vd. de purtelas? aquí la hay de pan, y aun creo haber oido ofrecer rabioles, pero suspendo mi juicio por la altura en que estábamos. Luego que se hubo satisfecho el hambre primera, que en la mayor parte no debía ser mucha, porqué estaban comiendo ó bebiendo desde por la mañana; se entablaron coloquios en las distintas secciones de la mesa, habiendo tocado en la que estaban sentados Mariano y sus amigos, entre otros el doctor y los dos bachilleres de que se ha hablado antes. No obstante, estas conversaciones particulares eran interrumpidas con frecuencia por las bombas que se disparaban, y mas todavía por los disparates que con nombre de improvisaciones ocurrían á los convidados.

—Doctor, dijo el bachiller Mostacilla, ¿no ha de decir Vd. nada á este famoso tapa-larga?

—Hombre, sería profanar el lenguaje de las musas, respondió el regordetillo doctor, emplearle para tan avinagrado mosto!

—Y sobre todo, dijo D. Cipriano, que parece no podía menos de tomar siempre la palabra, ¿cuando no se ha bebido bastante...! *Sine Bacho friget etiam Apollo.*

—Yo no entiendo mucho el latin cuando estoy comiendo y bebiendo, contestó el doctor Nonsapia; y si he de decir la verdad, ni aun antes tampoco.

—¿Cómo! un doctor no saber latin! exclamó D. Cipriano.

—Vd. es forastero, le dijo Seide, y por eso lo estraña; aquí juzgamos que el latin, y menos el griego, no importan ya dos cominos; y en mi humilde creencia juzgo que tenemos razon.

—Y bien mirado, añadió Nonsapia, ¿qué tiene que ver el latin con los doctores? se sabe lo que es preciso para lo poquísimos que se necesita, y en cuanto á lo demás, mis cofrades y yo no nos cuidamos gran cosa de las lenguas muertas.

—Hombre, Vd. me deja con tanta boca abierta, añadió D. Cipriano.

—Pues señor, contestó el bachiller Mostacilla, ¿el tiempo que debíamos emplear en ese penoso estudio no vale mas dedicarle á la composicion de un drama, á las dulzuras de la poesia ó á algun buen artículo de costumbres? No nos caxemos, todas esas retua-

tas enseñanzas, todo ese furor de meternos en la cabeza quisicosas, se ha desvanecido como el humo; en el día se sabe sin aprender, el que tiene genio compone, y este método se ha visto que es el mejor, pues en un abrir y cerrar de ojos nos hemos encontrado con millares de genios como racimos de plátanos, y mejor, como apiñadas grosellas cuando la mata está muy parida.

—A la verdad, que no se puede tomar al pié de la letra, respondió D. Cipriano, lo que Vds. me dicen sin duda por la broma del día. ¿Adonde iríamos á parar con esa opinion? Yo bien veo que no á todos conviene el estudio de las lenguas muertas, que en un país donde son tan necesarias las ciencias de aplicacion, sería muy conveniente que ocupasen las matemáticas, las ciencias naturales y la mecánica, la parte importantísima que reclama la prosperidad general....

—¡Matemáticas dijiste! interrumpió de pronto el doctor; me quedo dormido en cuanto oigo una demostracion de geometría, y eso aun cuando se trate de aquello de la hipotenusa.

—Yo no me quedo dormido, añadió el bachiller Mostacilla, pero bostezo con el *a* mas *b*, y todas esas lindezas: todo ello podría ser muy útil, pero Arago dice que no es menester engolfarse en las matemáticas para empezar los elementos de la física: luego no son necesarias sus nociones para ninguna otra materia.

—Eso digo yo, exclamó La-Garra que hasta entonces había estado callado: ¿ó somos bachilleres ó no? qué tenemos que ver con el latin, con la hipotenusa ni con todas esas zarandajas? Nuestra verdadera ciencia está en seguir la pista de los litigantes, está entre las hojas de ese mal papel que sin embargo cuesta á cuatro reales: luego que un bachiller sabe hacer que un pleito no finalice aunque intervengan doce sentencias definitivas, ya ha llegado al cúmulo de las ciencias. No se me hable del latin ni de ninguna de esas coplas de Calainos que no necesitaron aquellos grandes hombres que han elevado el arte de testar los ricos (¿porqué para que han de tomarse este trabajo los pobres?) á tal grado de perfeccion, que ya en el día, ningun hombre de caudal y que no, tenga los engorros de hijos ú otros herederos forzosos, necesita romperse la cabeza en otorgar testamento: á su muerte aparecen cuatro ó cinco; mientras mas mejor, mayor número de pleitos; con la gran ventaja de que están hechos no por un enfermo que en momentos tan críticos no tiene la cabeza para nada, sino por un sujeto que le entiende.

En esto sonó una voz de allá arriba que gritó: bomba, bomba al doctor Nonsapia.

—Nonsapia había de llamarse, dijo entre sí D. Cipriano. Entonces callando todo el mundo, escuchose el siguiente ex abrupto:

Sol refulgente del Foró
tú de la ciencia fanal,
de la poesía raudal,
Nonsapia, en el almo coro
cual celeste meteoro
tienes silla principal,
que en una holganza eternal
pulsando tu lira de oro
te cures de Matías, cuya llama
y espumosa champaña te proclama.

Al instante un estrepitoso ruido de vasos, gritos y vivas estremeció toda la mesa: D. Cipriano y sus amigos, especialmente Mariano que estaba aturrido y no enteramente sin sus recuerdos de Paulita, se levantaron, como hacían otros muchos, sin que por eso se advirtiese la falta, á respirar un poco; y huyendo de la respuesta que preparaba el doctor á la furibunda bomba que no sin rubor hemos espetado mas arriba á nuestros pobres lectores. Sin embargo, Seide que ya oía desde la calle la voz del vate repentista detuvo á la comparsa, que alcanzó todavía á escuchar:

Matías—(sin duda, como hemos visto esta era la gracia del primer bombista.)

Matías, del mismo Anfíbio.

(A este nombre, una horrorosa explosion de honras y aclamaciones hizo retemblar todo el pavimento.) El poeta repitió:

Matías, del mismo Anfíbio
hoy envidiara el laud,
pues para mi gratitud
cualquier otro fuera tibio....

En esto D. Cipriano y los demás arrollaron al pobre Seide, que quería continuar oyendo aquellas sandeces: avanzaron y se

perdió la voz fañosa y atiplada del doctor á poco mas que caminaran.

—Pero no vaya V. á creer, dijo Seide, Sr. D. Cipriano, que todos los doctores y bachilleres....

—Calle, amiguito, que me parece V. ahora un niño, le interrumpió este, yo sé lo que hay en el asunto mejor que V.: entre los doctores y los bachilleres se encuentra de todo, sabios y necios, buenos y malos, juiciosos y mentecatos, ¡y en qué clase de hombres no sucede lo mismo?

—Y luego, como son tantos, añadió D. Meliton, sobre todo de los últimos!

—Y de los primeros, Sr. D. Meliton, dijo Mariano; desde que he llegado de Europa apenas he encontrado un hombre á quien le llamen Juan ó Pedro, siempre es doctor, licenciado, bachiller.... ¡Señor! me decía yo á mí mismo al principio, ¡llueven como la langosta?

En tan sabrosa plática entretenidos llegaron nuestros paseantes á la casa del baile, que ya estaba iluminada toda con gas, esto es, con un espíritu que no es gas, y que va pasando de moda en la Habana á pesar de su poco coste: la noche se había dejado venir, porqué comiendo y charlando se escurre el tiempo que es un primor. Ya sonaban los estrepitosos instrumentos, aturdiendo con su ronco acento diez trombones para cada clarinete, y un requinto que se encaramaba hasta el cielo con sus pitidos agudos y nada acordes. Había mas gente que sala, y así no se sabía adonde bailar; no obstante, se apercibía una larga fila de parejas que se balanceaban lentamente, y á quienes no permitía el tropel amontonado por todas partes, no digo que bailasen, pero ni que se menearan del puesto que ocupaban. A pesar de tanta confusion, tuvo la suerte Mariano de encontrarse allí con Emilio, el cual había tambien venido acompañando á unas señoras desde un ingenio de las cercanías.

—Mariano, Mariano, le dijo Emilio, siempre bondadoso y lleno de cariño para con él: se apartaron abrazándose hácia los colgadizos, donde había menos bulla. ¡Hola! tambien te diviertes por aquí como buen cubano? le preguntó con efusion.

—No sé respondió nuestro héroe, si como bueno ó mal cubano, pero por cierto, que aunque me propuse hacer lo que todos los demás, ya estoy fastidiado de tanto divertirme, ó á lo menos de divertirme de esta manera.

—No tienes que ejecutar lo que hagan todos, porqué aquí se incurre en extravagancias y aun en cosas peores, como en todas partes: mucho amo yo á mi patria, pero no por eso seguiré sin tino todo lo que se practique y mi razon no apruebe, ó repugne mi conciencia.

—He estado en los gallos.

—¡En los gallos! Soy tan cubano como el primero y nunca voy.

—He perdido allí mi dinero, sin saber en que, Emilio mio: hasta me he entrampado con un desconocido sin haberlo solicitado y sin saber cuando, ni comprender con que motivo.

—Hiziste el papel de un majadero, queriendo representar el de un hijo del país: te han robado ¿y no tienes absolutamente ni un medio?

—*Pas un sous*, respondió Mariano riéndose.

—Toma la mitad de lo que traigo, y si necesitas mas, avísame, le dijo Emilio con la premura generosa de un verdadero amigo. Yo aquí tengo muchas personas que me facilitarán cuanto queramos, pero no debemos querer demasiado ¿qué dirían después nuestras familias? Te advierto que ahora es peor que en los gallos, ya se está jugando al monte en muchas mesas, y es muy fácil arruinarse con poco que se le resbalen á uno los piés; vente al baile, procuraremos valsar, y verás que nuestras paisanitas no tienen que envidiar á ningunas de otras partes gracia y belleza.—Mariano había tomado lo que le dió su amigo y se dejó conducir; pero no pudo menos que reconvenir á este de cómo habían de valsar en tal confusion.

—Mira, dijo Emilio, aquí no se dan tan rápidas vueltas como en los países frios, estamos sudando sin valsar, ¿conque qué será á la media docena de aquellos giros alemanes? lo que se hace es pasear á la dama y no rendirla como si fuera una suiza.

—¡Ay! como desearía yo, exclamó Mariano que se dejó arrebatar de sus inveteradas prevenciones, una mazurca ó una galopada.

—¿Quién quieres que galope aquí con tanto calor; le respondió Emilio, sino los caballos? Los racionales bueno es que nos conformemos con lo que exige el clima.—En baile, en baile, gritó un hombre de sesenta años, muy encarnado, con un uniforme de milicias y una charretera á la izquierda, que era el bastonero y que suplicando á veces, otras maldiciendo, empujando á algun imprudente de medio pelo, requebrando á las muchachitas que tropezaba al paso y..

—Pues señor, buenas noches, con esto basta para la Cartera.

—¡Pero hombre de Dios, sin acabar siquiera la oracion!

—Hasta otra vez, que V. se mejore, Sr. Moro.

SECCION CUARTA.

POESIA.

MI PERDICION:

¡Ay de mí, que infeliz y abandonado
Sumido en el amargo desconsuelo,
Ni un solo instante mi fatal desvelo
Deja cerrar mi párpado cansado!

Triste suspiro en lágrimas bañado;
Del tormento y la pena el negro velo
Me cubre el alma, y hasta el justo cielo
Parece que en mi mal se ha conjurado:

¡Ya todo lo perdí...! perdí mi gloria...
Tu sonrisa perdí, perdí tus ojos,
Y el lugar que ocupaba en tu memoria:

Mas yo te adoro.... sí, querida mía:
Te adoro, aunque no cesen tus enojos,
Y he de adorarte hasta la tumbá fria.

ROMANCE CUBANO.

El Habanero en Madrid.

Madrid 1827.

A orillas del Manzanares,
En una tarde de enero,
Así con voz dolorida
Cantaba un triste habanero:

“¡Feliz aquel que su vida
Pasó en el nativo suelo,
Y donde niño ha jugado,
Anciano contempla el cielo!

“Infeliz el que dejando
Su hogar y nativos lares,
En pos de mentidos bienes
Cruza los inquietos mares!

“Yo lo sé, que por desdicha
Atravesé el golfo airado,
Y no hallé en el nuevo mundo
Lo que en el viejo he dejado.

“Mas vale el trato sencillo
De los amables cubanos,
Que las falaces caricias
De intrigantes cortesanos.

“¿Do están de enero los días
Frescos, claros y serenos,
En que ví en lugar de nieve
Campos de esmeralda llenos?

“¿Do estais campiñas risueñas
Que en todos tiempos brillais?
Bellas flores, dulces frutos
Habaneras ¿dónde estais?

“¿Qué vale la altiva pompa-
Que en la corte escandalisa,
Sin vuestras dulces miradas,
Sin vuestra tierna sonrisa?

“Adoren otros rendidos
Las rubias del Manzanares,
Que á mí solo me conmueven
Las modestas de Almendares.

“Vosotras ¡ay! de la danza,
Y del paseo compañeras,
Vosotras mis tristes ayes
No escuchareis habaneras.

“Mas si al saber mis desdichas
De compasion suspirais,
No quiero mas recompensa,
Ya premiado me dejais.

“Y si hace el cielo que vuelva
A ver mi nativo suelo,
Aunque no me dé mas dichas,
Nada mas pediré al cielo.”

Aquí el sensible habanero
En sus cantares llegaba,
La noche bajó, y el triste
En vez de cantar lloraba.

Y vuelto hacia los lugares
Donde Cuba está situada,
A Dios, le dice, suspira
Y regresa á su morada.



EGLOGA CUBANA.

Plácido.—Elino.—Poeta.

POETA.

*Esta egloga
no se ha inclui-
do mas que en
una de las co-
lecciones que se
han hecho de
las poetas de
Plácido, siendo
la dicha un
cuaderno en
8º mayor, que
aparece impre-
so en Nueva-
York, 1856, pe-
ro que es de crear.
Se lo ha visto en
la Habana, en
1863 ó 64.*

Una noche de abril, cuando la luna
Su blanco disco alzaba en el oriente
Mas clara y mas hermosa que otra alguna
Y las flores mecieran blandamente
Sus cálices de aromas perfumados
Y los cisnes bañáranse en la fuente,
Dos vegueros de Cuba enamorados
En prez cantaron de sus ninfas bellas
Sobre la verde hierba recostados.

Al fluir de su númen las centellas
Que llegaran al cielo cristalino
Pararon en su marcha las estrellas.
Acordáronse Plácido y Elino,
Y así al aire lanzaron sus acentos,
Acompañando el cántico divino
Melodiosos y suaves instrumentos.

PLACIDO.

Los negros ojos de mi Fela linda
Tal magia tienen si al mirar sonríen,
Que alma no habrá que su fulgor no rinda
Ni corazon glacial que no estravién;
Puros inciensos el amor les brinda
Con tal que un rayo de su luz le envíen,
Y les hacen las gracias regia salva
Como las aves saludando el alba.

ELINO.

La casta frente de mi amada Evena
Es de jazmines cual naciente aurora

Cuando en cuna de nácar y azucena
 La noche ahuyenta y el oriente dora:
 Su faz divina de inocencia llena
 La hace del mundo y de mi amor señora,
 Pudiendo dar con su color hermosa,
 Blancor al lirio, púrpura á la rosa.

PLACIDO.

Entre verdes naranjos los gilgueros,
 Circuidos de blancos azahares
 Trinaban dulces himnos hechiceros,
 Cuando Fela entonando sus cantares
 Hizo mover los altos cocoteros,
 Suspendió la corriente de Almendares,
 Y las aves dejaron las canciones
 Por tomar de su cántico lecciones.

ELINO.

Cuanta flor en boton el campo tiene,
 Y áspera fruta verde y sin dulzura
 Y hoja seca en el árbol se sostiene,
 Se abre y revive y tórnase madura
 Si mi veguera con su tiple viene
 La voz alzando que le dió natura,
 La dulce voz que dá con su armonía
 Alma á los prados y esplendor al día,

PLACIDO.

Cuando Fela con ceño mira airada,
 Turbado bate el mar la arena muda,
 La pradera de flores salpicada
 El bravo cierzo con furor desnuda,
 Y el sol tras nube densa y dilatada
 Su carro esconde y su camino duda:
 Pero si luego rie, en el momento
 Brilla el sol, calma el mar, serena el viento.

ELINO.

¿Ves, Plácido, en mitad del arroyuelo
 La vespertina estrella retratada?
 En vano hallarla intentas en el cielo,
 Que aun no es su hora de salir llegada:
 Debes buscarla en el florido suelo;
 Es mi adorada Evena, que sentada
 Está en las gramas de la opuesta orilla
 Y entre las ondas como Venus brilla.

PLACIDO.

¿Ves, Elino, la luna cuan luciente
 Tras rojas nubes perfiladas de oro
 Llena de luz el aire transparente,
 Reina del cielo en estrellado coro?
 Topacio inmenso brilla en el oriente
 Retando al mundo fúlgido tesoro:
 Pues mustio y triste sin esplendor quedara
 Al ver de Fela la divina cara:

ELINO.

Siendo cándida y fresca cual la rosa
 Y suave y pura la pastora mía,
 Es lo menos que tiene, ser hermosa,
 La virtud santa sus acciones guía:
 Prenda tanto mas alta y mas preciosa
 Cuanto menos se encuentra en este día:
 Natural en amor, franca en el trato
 Adoro su candor y su recato.

PLACIDO.

Tanto me obliga tu amoroso acento
 Que segun vas Elino retratando
 A tu adorada, lloro de contento
 Y de Evena me voy enamorando:
 Al cielo mismo arrebatarme siento

Y quisiera por ella estar cantando:
Canta á mi Fela si te place ahora
Y déjame loar á tu pastora.

ELINO.

¿Yo cambiar á mi Evena? Ni por Diana:
¿Yo celebrar ni en chanza otra pastora?
Plácido, amigo, la propuesta es vana:
Yo sé que Evena la verdad adora....
No quieras dar lugar á que mañana
Triste suspire la que nunca llora:
¡Plegue á Dios que jamás haya querella
Entre tu amante y mi pastora bella!

PLACIDO.

Un abrazo, mi Elino, quiero darte.
En prueba de mi júbilo y terneza:
De mañas me valí: perdona el arte:
Quise ver lo que amabas tu belleza,
Y en verdad que esa ninfa en adorarte
Solo cumple en pagar tanta fineza;
Pues eres como yo tan fino amante
Y yo soy como tú tambien constante.

POETA.

Seguir quisieran su cantar festivo.
Al son del tiple acorde los pastores
Hasta que el alba con destello vivo
Perlas vertiera y despertara amores
Y al eco de sus voces melodiosas
Contestaran harpados ruiñeños:
Mas de repente salen las hermosas
Zagalas que escuchaban escondidas
Con sus guirnalda de fragantes rosas
Que el aire de la selva enbalsamaron,
Y de los dos amantes, candorosas
Las inspiradas frentes coronaron.

Vino después el refulgente día
 Y los pastores y sus ninfas bellas
 Nada, dijeron, que pasado había.
 Solos... de noche... amantes... y cantores...
 Quien dijera verdad, si hablasen ellas,
 Fueran la luna, el alba, las estrellas,
 Y las aves, las plantas y las flores.

Plácido.

A ISOLINA.

¿Porqué suspiros exhala
 Tu alma tierna y amorosa,
 Llena de angustia horrorosa,
 En callada soledad.

Y vierten tus ojos bellos
 Raudales de amargo llanto,
 Que anublan el dulce encanto
 De tu angélica beldad?

Amor con cadenas de oro
 Para siempre nos uniera,
 Y con su llama encendiera
 Mi sensible corazón.

En él tu imágen celeste
 Con fuego se halla esculpida,
 Y mi borrascosa vida
 Llena en su plácido ardor.

Esa pena tormentosa
 Del seno virgineo lanza,
 Y da entrada á la esperanza
 De un dichoso porvenir.

No mas llorar; te idolatro,
 Te adoraré hasta la muerte,
 Y á despecho de la suerte
 Seré contigo feliz.



SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

ADVERTENCIA.

De las ciento y una novelas, de los ciento y un autores, con ciento y una viñetas por ciento y un distintos escultores; hemos escogido la de Dumas por parecernos la mejor de las publicadas hasta ahora en aquella coleccion, tanto por su interés como por su esencia eminentemente social.

Sin embargo, confesaremos con aquella franqueza que nos es característica, nuestros temores al publicarla. La libertad de las costumbres francesas permite á sus autores hablar de todo, y ninguna obra moderna puede traducirse con fidelidad, porque lo que no *ruboriza* á las francesas, avergüenza á las españolas. ¡Habría mas virtud entre nosotros? O nos caerá el refrán de "atrás de la cruz está el diablo"? Ello sea por *fas* ó por *nefas*, en cuanto á nosotros fuere trataremos de no merecer la tacha de corruptores, y de tal intento dominados, borraremos sin piedad cuanto sea mal sonante, conservando solo una escena que es imposible suprimir. El vicio se vé representado en ella con tanta desnudez é inspira tal menosprecio hácia la culpable, sin que ningun grémen de seducccion pueda introducir en el alma, que imaginamos se nos tolere su traduccion. Y si por ventura alguno nos lo tiene á mal, le desengañaremos manifestando que entonces hasta la lectura de los libros santos debiera proscribirse, porque atacando los vicios los nombran. ¡Ojalá que en todas las novelas se hablara de ellos en el sentido en que lo hace aquí el autor!

LOS HIJOS DE LA MADONA,

Voy á contar una escena de bandidos nada mas:

Siganme Vdes. en la Calabria Citerior: escaltaremos un pico de los Apeninos y tendremos en su cima volviéndonos hácia el medio día, á la izquierda Cosenza, á la derecha San-Lúcido, y en frente, á unos mil pasos de distancia escarpando la falda de la misma montaña, un camino que alumbran en este momento varias candeladas al rededor de las cuales se agrupan hombres armados: estos hombres andan á caza de *Jácomo* con cuya partida se han tiroteado á mas y mejor; pero habiéndoles cogido la noche, no se atreven á aventurarse en su perseguiimiento, y esperan el día para continuar la batida de la montaña.

Bajemos ahora la cabeza, y si miramos inmediatamente debajo de nosotros, á quince piés de profundidad, poco mas ó menos, sobre esa meseta que está tan rodeada de rocas enrojecidas, de robles verdes y frondosos, de alcornoques pálidos y achaparrados, que es necesario dominar como nosotros en nuestra situación para adivinar su existencia; distinguiremos, ¿no es cierto? en primer lugar, cuatro hombres que se ocupan en los preparativos de la cena encendiendo el fuego y desollando un carnero, otros cuatro que juegan á la *morra* [*] con tanta rapidez que no se puede seguir el movimiento de sus dedos; otros dos que están de guardia, tan inmóviles que cualquiera los tomaría por fragmentos de roca á quienes la casualidad hubiera dado forma humana; una mujer sentada y que no se atreve á moverse por temor de despertar á un niño dormido en sus brazos, y en fin, á alguna distancia, un bandido que echa las últimas paletadas de tierra sobre una sepultura recientemente abierta.

Este bandido es *Jácomo*: esta mujer su querida, y estos hombres que están de guardia, que juegan y preparan la cena, son lo que él llama *mi banda*: en cuanto al que reposa en la tumba, es *Hicónimo*, segundo del capitan. Una bala acaba de robarle á la horca.

[*] Juego que consiste en presentar con rapidez á su *partner* la mano con un número de dedos siempre variado abiertos ó cerrados. Para ganar es necesario adivinar el número de dedos abiertos.

Ya que conocemos los hombres y las localidades, déjenme hablar.—Cuando Jácomo acabó su fúnebre tarea, dejó escapar de sus manos el azadon que le había servido; se postró sobre aquella tierra acabada de remover donde sus rodillas se hundieron como en la arena. Permaneció así como cerca de un cuarto de hora inmóble y orando, en seguida sacó del seno un corazon de plata colgado de su cuello y que sostenía una cinta encarnada; era la imagen de la vírgen y del niño Jesus: la besó piadosamente como debe hacerlo un buen bandido; y luego, levantándose con lentitud, volvió, con la cabeza baja y los brazos cruzados, á apoyarse contra la basa de la roca, cuya cima dominaba la meseta que hemos descrito.

Jácomo hizo este movimiento con tanto silencio y tristeza que ninguno le sintió ir hácia el lugar que ocupaba: parece que esta relajacion de vigilancia le pareció contraria á las leyes de la disciplina, porqué después de haber pasado la vista por los que le rodeaban, sus cejas se arrugaron y su ancha boca se hendió para dar paso á la mas abominable blasfemia que en memoria de bandido haya horrorizado al cielo:

—*Sangue di Christo!*...

Los que descuartizaban el carnero se enderezaron sobre sus rodillas como si hubiesen recibido un garrotazo en los riñones: los jugadores se quedaron con las manos en el aire; las centinelas dieron una vuelta tan súbita que se encontraron cara á cara la una con la otra: la mujer se estremeció y el niño echó á llorar.

Jácomo dió una patada.

—María, calla ese niño, dijo.

María se desabrochó prontamente el corsé escarlata bordado de oro, y acercando á los labios de su hijo el pecho redondo y tri-gueño que constituye la belleza de las romanas, le cubrió con su cuerpo y brazos como para protegerle. El niño tomó el pecho y calló.

Jácomo pareció satisfecho de estas señales de obediencia. Su semblante perdió la espresion severa que le había nublado un instante, para tomar la de una profunda tristeza: luego, con la mano, hizo seña á sus hombres de que podían continuar.

—Hemos acabado de jugar, dijeron los unos.

—El carnero está asado, repusieron los otros.

—Está bien; cenén entonces, respondió Jácomo.

—¿Y Vd., capitan?

—No cenaré.

—Ni yo tampoco, dijo la dulce voz de la mujer.

—¿Y porqué, María?...

—No tengo hambre.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz tan baja y tan tímidamente que el bandido pareció tan conmovido del acento que las acompañaba, como su naturaleza se lo podía permitir: acercó su mano atezada á la cabeza de su querida; ella la tomó y la besó.

—Eres una buena mujer, María.

—Te amo, Jácomo.

—Vamos, ten juicio y ven á cenar.

María obedeció, y los dos se sentaron al rededor de la estera de paja sobre la cual estaban servidos las tajadas de carnero que los bandidos habían asado ensartándolas en la baqueta de una carabina, queso de leche de cabras, avellanas, pan y vino.

Jácomo sacó de la vaina de su pañal un tenedor y un cuchillo de plata que dió á María: en cuanto á él, no tomó sino una taza de agua pura, porqué el temor de que le envenenaran los paisanos, que eran los únicos que podían proveerle de vino, había largo tiempo que le forzaba á renunciar esta bebida.

Cada uno entonces puso manos á la obra á excepcion de las dos centinelas, que de tiempo en tiempo volvían la cabeza y lanzaban una mirada espresiva á las provisiones, que desaparecían con rapidez espantosa: estos movimientos de inquietud se repetían mas á menudo y con mas violencia á medida que la comida se prolongaba, tanto que al fin parecían mas bien estar encargados de velar la cena de sus camaradas que el *bivac* de sus enemigos.

Durante este tiempo, Jácomo continuaba triste y se veía que su corazon estaba lleno de recuerdos: de repente pareció no poder resistir mas, se pasó la mano por la frente, arrojó un suspiro y dijo:

—Es necesario que les cuente una historia, camaradas. Pueden Vds. venir, añadió dirigiéndose á las centinelas: no se atreverán á acosarnos aquí á esta hora, y además aun nos creen vivos á los dos.

Las centinelas no se hicieron repetir dos veces el convite y su cooperacion comunicó nueva actividad á la cena que principiaba á desmayar.

—¿Quieres que tome el lugar de ellos? dijo María.

—Gracias, no vale la pena.

María deslizó tímidamente su mano en la de Jácomo. Los que habían acabado de cenar, se acomodaron en las posiciones que mas les cundaban para escuchar la narracion; los que cenaban, se pusieron delante la mayor cantidad de provisiones que les

fué posible, á fin de no tener nada que pedir, y cuantos eran atendieron á la narracion con aquel interés que tienen en general en una historia todos los hombres de vida errante.

—Era en 1809: los franceses se habían apoderado de Nápoles, y puesto allí un rey. Ese rey, á su turno, quiso tomar la Calabria: *Per Bacco!* quitar la montaña á los montañeses! no era cosa ciertamente fácil, sobre todo para paganos: muchas bandas la defendían como nosotros la defendemos aun, porqué la montaña es nuestra, y habían puesto á precio de cabeza de los gefes de aquellas partidas, como han puesto la mia: la cabeza de *Cesaris* entre otras, valía 3.000 ducados napolitanos.

Una noche, á cuya prima se habían oido algunos fusilazos, como se han podido oir esta tarde, dos jóvenes pastores que guardaban su rebaño en la montaña de Tarcias, cenaban junto á una candelada que había encendido mas bien para alejar los lobos, que para calentarse. Eran dos hermosos muchachos, dos verdaderos calabreses, medio desnudos y teniendo por único vestido una piel de carnero al rededor de la cintura, sandalias en los piés y por adorno una cinta para colgar de su cuello la imagen del niño Jesus. Tenían la misma edad poco mas ó menos: ni el uno ni el otro conocían á su padre, pues los habían encontrado espuestos con solo tres dias de distancia, el uno en Tarento, el otro en Reggio, lo que al menos probaba que no eran de la misma familia. Algunos paisanos de Tarcia los habían recogido, y generalmente los llamaban *los hijos de la Madona* [*] como llaman allí á los espósitos; en cuanto á sus nombres de bautismo, eran *Cherubino* y *Celestini*.

Estos niños se amaban porqué su desamparo era igual y los que los habían recogido no les ocultaban, que por caridad y con esperanza de ganar el paraíso, habían hecho aquella buena accion. Así supieron que ningun lazo los unía á la tierra y se amaron mas.

Estaban pues, como acabo de decir, guardando sus rebaños en la montaña, comiendo del mismo pedazo de pan, bebiendo en la misma taza, contando las estrellas del cielo, indiferentes y dichosos, como si la tierra de los ricos fuese la suya.

De repente oyeron un ruido á sus espaldas y se volvieron: un hombre en pié y apoyado sobre su carabina los miraba comer.

[*] Figli della Madona.

Sí, por Jesús, era un hombre; y hasta su vestidura indicaba su profesion. Tenía un largo sombrero calabrés todo entrelazado de cintas blancas y encarnadas, con el cintillo de terciopelo negro y la hebilla de oro. Sus cabellos trenzados, colgaban por sus mejillas, grandes aretes, el cuello descubierto, un chaleco con botones de hilo de plata como solo en Nápoles se tejen, una chaqueta, en cuyos ojales se ataban por una punta dos pañuelos de seda carmesí que se perdían en la faltriguera; su fiel *padroncina* [*] llena de cartuchos y abrochada con una chapa de plata; pantalon de terciopelo azul y medias sostenidas por tiritas de cuero que se aseguraban en las sandalias, anillos en todos los dedos, relojes en todas las faltrigueras, dos pistolas y un cuchillo de caza en la cintura.

Los dos muchachos se lanzaron por debajo de sus pobladas cejas una mirada rápida como el relámpago; el bandido la apercibió.

—¿Vds. me conocen? dijo.

No respondieron los muchachos.

—Poco importa, en verdad, que me conozcan ó no: los hombres de la montaña son hermanos y deben contar los unos con los otros: así yo cuento con Vds. Desde ayer me persiguen como á una bestia feroz. Tengo hambre y sed.

—He aquí pan y agua, dijeron los muchachos.

El bandido se sentó, apoyó la carabina en su muslo, armó sus dos pistolas en la cintura y puso manos á la obra.

Así que hubo concluido, se levantó.

—¿Cual es el nombre de esa aldea donde se percibe una luz? dijo á los muchachos estendiendo la mano hácia el punto mas sombrío del horizonte.

Los muchachos fijaron por algunos segundos su vista penetrante en el sitio indicado, le aislaron poniéndose la mano sobre los ojos, y luego se echaron á reír, porqué pensaron que el bandido se burlaba de ellos. Nada veían.

Se volvieron para decírselo: el bandido había desaparecido. Entonces comprendieron que había empleado aquel ardid para que ellos no pudiesen ver de que lado se retiraba.

Los dos muchachos se volvieron á sentar y así que pasaron algún rato en silencio, se miraron al mismo tiempo.

—¿Le has reconocido? dijo el uno.

[*] Cinturon de cuero.

—Sí; respondió el otro.

Estas pocas palabras fueron pronunciadas en voz baja y como si temblasen de ser oídos.

—Temía que le vendiéramos.

—Y se ha ido sin decirnos nada.

—No debe estar lejos.

—No, estaba muy cansado.

—Ya yo le encontraría, á pesar de todas sus precauciones, si quisiera.

—Y yo también.

No dijeron mas, pero se levantaron y partieron por distintos lados de la montaña, como dos lebreles siguiendo el rastro.

Al cabo de un cuarto de hora Cherubino había vuelto junto á la candelada; cinco minutos después Celestini se sentaba á su lado.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—Le hallé.

—Yo también.

—Detrás de un matojo de laurel-rosa.

—En la hendidura de una roca.

—¿Qué había á su derecha?

—Un aloes en flor. ¿Y que tenía en sus manos?

—Dos pistolas preparadas.

—Eso es.

—¿Y dormía?

—Como si todos los ángeles velaran sobre él.

—¡Tres mil ducados! son tanto como las estrellas del cielo!

—Cada ducado vale diez *carlins* y nosotros ganamos un *carlin* al mes. Aunque viviéramos tanto como el viejo *Giuseppo* no ganaríamos tres mil ducados en toda nuestra vida.

Los dos muchachos se callaron durante algunos minutos. Cherubino fué el primero que rompió el silencio.

—Es difícil matar un hombre, dijo.

—No, respondió Celestini, el hombre es como el carnero: tiene una vena en el pescuezo; es necesario cortarla: ahí está todo.

—¿Has observado á Césarís?

—Tenía el cuello desnudo ¿no es verdad?

—No sería difícil.... el....

—No, con tal que el cuchillo corte bien.

Los dos muchachos reconocieron con la mano el filo de la hoja

del suyo; luego se levantaron y se miraron un momento sin hablarse.

—¿Quién le harirá por cuenta de los dos? dijo Cherubino.

Celestini cogió algunas piedrecitas y le presentó su mano cerrada.

—¿Pares ó nones?

—Pares.

—Son nones, á tí te toca.

Cherubino partió sin decir una palabra; Celestini le vió alejarse en la dirección en que sabía estaba acostado Césarís, y así que le perdió de vista se divirtió en lanzar una tras otra en la hoguera moribunda, las piedrecitas que había cogido.

Al cabo de diez minutos vió volver á Cherubino.

—¿Y bien? le dijo.

—No me he atrevido.

—¿Porqué?

—Dormía con los ojos abiertos y me parecía que me miraba.

—Vamos juntos.

Partieron á la carrera, mas pronto aflojaron el paso: poco después caminaron en puntillas, en fin se acostaron boca abajo y se arrastraron como serpientes; luego llegaron al matojo de laurel-rosa, y como serpientes también levantaron la cabeza, se introdujeron por entre las ramas, y apercibieron al bandido durmiendo en la misma situación en que le habían dejado.

Entonces uno se deslizó á su derecha y otro á su izquierda, bajo la bóveda que los cubría. Así que llegaron junto á él, con el cuchillo entre los dientes, los dos se levantaron sobre una rodilla. El bandido parecía despierto, sus ojos estaban abiertos, y solo la pupila permanecía inmóvil.

Celestini hizo una señal con la mano á Cherubino para que siguiese todos sus movimientos: el bandido antes de dormirse había apoyado su carabina contra la roca y envuelto la llave con uno de sus pañuelos de seda. Celestini desató suavemente el pañuelo, le estendió encima de la cabeza de Césarís, y viendo que Cherubino estaba listo, le bajó de repente.—¡Ya!

Cherubino se lanzó como un tigre sobre el cuello del bandido, este dió un grito terrible, se puso en pié, y sangriento, dió varias vueltas sobre sí mismo la cabeza caída hacía atrás: disparó á la casualidad las dos pistolas y cayó muerto.

Los dos muchachos habían permanecido acostados boca abajo, y sin resollar.

Cuando vieron que el bandido no se movía mas, se levantaron y se le acercaron: la cabeza no se sostenía ya sino por la columna vertebral; acabaron de separarla del cuerpo, la envolvieron en el pañuelo de seda y después de haber convenido en llevarla cada uno á su turno, partieron para Nápoles.

Caminaron toda la noche por la montaña, orientándose con el mar que veían relucir á su izquierda. Al amanecer descubrieron á Castro-Villary; pero no se atrevieron á atravesar la ciudad por temor de que la sangre denunciase la carga que llevaban y que algun bandido de la partida de Césarís no vengase en ellos la muerte de su jefe.

Sin embargo, como el hambre les acosaba, uno de ellos resolvió ir á buscar pan á una posada, mientras que el otro le esperaría en la montaña; mas apenas hubo dado algunos pasos, volvió atrás.

—¿Y dinero? dijo.

Llevaban una cabeza que valía tres mil ducados y ni el uno ni el otro tenían un *bajocco* para comprar pan.

El que llevaba la cabeza desató el pañuelo, tomó uno de los aretes de Césarís y le entregó á su camarada. Media hora después el mensajero estaba de vuelta con provisiones.

Comieron y se volvieron á poner en marcha.

Por la tarde llegaron á una pequeña aldea llamada Altavilla.

La posada estaba llena de cocheros que habían conducido viandantes á Pestum, de boteros que habían remontado el Sile y de *lazzaroni* á quienes era indiferente vivir allí ó en otra parte.

Los dos muchachos se instalaron en un rincón que encontraron desocupado, pusieron la cabeza de Césarís entre los dos, cenaron como nunca, durmieron á turno, pagaron con el segundo arete y se pusieron de nuevo en marcha un poco antes de amanecer.

A eso de las nueve de la mañana divisaron una gran ciudad en el fondo de un golfo, y preguntaron como se llamaba. Les respondieron que Nápoles.

No teniendo ya que temer á los compañeros de Césarís, caminaron en derechura á la ciudad. Llegados al puente de la Magdalena se acercaron al centinela francés y le preguntaron en calabrés á quien debían dirigirse para que les pagaran la suma prometida á los que trajesen la cabeza de Césarís.

La centinela los escuchó gravemente hasta el fin: luego reflexionó un rato, se retorció el bigote y se dijo á sí mismo:

—¡Cosa extraordinaria! Estos mequetrefes no son mas grandes que mi cartuchera, y ya hablan italiano! Está bien, amiguitos, sigan adelante.

Los muchachos que á su turno no le comprendían, repitieron su pregunta.

—Parece que les urge! dijo la centinela, y llamó al sargento.

El sargento que chapurreaba algunas palabras italianas, medio comprendió la pregunta y adivinó que el pañuelo ensangrentado que llevaba Celestini contenía una cabeza, y llamó al oficial.

El oficial dió á los muchachos dos hombres de escolta que los condujeron al palacio real adonde estaba el ministro de la policía.

Los soldados dijeron que llevaban la cabeza de César y todas las puertas se abrieron á su llegada.

El ministro quiso ver á los valientes que habían libertado la Calabria de su azote, é hicieron entrar en su gabinete á Cherubino y Celestini.

Consideró largo tiempo á estos dos hermosos muchachos, de semblante ingenuo, de vestido pintoresco y de aire grave: les preguntó en italiano como lo habían conseguido, y ellos le contaron su accion como si fuese la cosa mas sencilla del mundo. Exigió la prueba de lo que decían, y Celestini se hincó sobre una rodilla, desató el pañuelo, tomó la cabeza por los cabellos y la puso tranquilamente sobre el bufete del ministro.

No había mas respuesta á esto, que pagar la cantidad ofrecida.

Sin embargo, su Excelencia viéndolos tan jóvenes, les propuso hacerlos entrar en una *pension* ó en un regimiento, añadiendo que el gobierno francés necesitaba jóvenes valientes y determinados.

Respondieron que ellos no tenían nada que ver con las necesidades del gobierno francés, que eran leales calabreses, sin saber leer ni escribir, cosa que ciertamente no contaban aprender nunca; que en cuanto á lo del regimiento, la vida independiente á que estaban acostumbrados los había preparado mal á la disciplina militar, y temerían hallarse poco aptos para las maniobras y el ejercicio; pero que, con respecto á los tres mil ducados, estaban prontos á tomarlos.

El ministro les dió un pedazo de papel del tamaño de dos dedos, llamó á un ugiar y le mandó que los condujese á la caja.

El cajero contó la suma: los dos muchachos tendieron el pañuelo de seda aun sangriento, le anudaron por las cuatro esquinas sobre los tres mil ducados, salieron por una puerta que daba

á la plaza de San *Francesco Nuovo* y se encontraron al fin de la gran calle de Toledo. Esta es el palacio del pueblo. Vieron á lo largo de las casas una multitud de lazzaroni que acostados al sol sorbían deliciosamente con sus labios atesados el *macaroni* contenido en sus escudillas de barro. Esta vista les dió apetito: fueron á un puesto y compraron una escudilla llena de macaroni; dieron un ducado y les devolvieron nueve carlins, nueve granos y dos calli. [*] Con el vuelto tenían para vivir mes y medio del mismo modo.

Fueron á sentarse en las gradas del palacio *Maddaloni* é hicieron una comida de cuya suntuosidad no tenían ninguna idea.

En la calle de Toledo se duerme, se come ó se juega. Aun no tenían ganas de dormir; habían comido: se mezclaron á un grupo de lazzaroni que jugaban á la morra.

Al cabo de cinco horas habían perdido tres calli.

Perdiendo tres calli por día, hubieran podido jugar durante la tercera parte de la eternidad poco mas ó menos.

Afortunadamente supieron aquella misma noche que existían en Nápoles casas donde se podía gastar un ducado en la comida y perder millares de calli en una hora.

Como querían cenar, se hicieron conducir á una de esas casas: era una mesa redonda.

El posadero consideró sus trajes y se echó á reir: enseñáronle su dinero y los saludó hasta la tierra, diciéndoles que les servirían en su cuarto mientras sus Excelencias se hicieran vestidos decentes que les permitieran comer con los demás.—Cherubino y Celestini se miraron: no entendían muy bien lo que el posadero quería decir con sus vestidos decentes. Hallaban su traje de muy buen gusto. En efecto, se componía, como he dicho, de una hermosa piel de carnero plegada al rededor de la cintura, y buenas sandalias bien aseguradas á los piés: todo el resto del cuerpo estaba desnudo, y eso les parecía mas cómodo y menos caliente. No obstante, se resignaron cuando se les explicó que era necesario tener un vestido completo para gozar del derecho de gastar un ducado en la comida y perder millares de calli en una hora.

Mientras que ponían la mesa, un sastre entró en el cuarto y les preguntó que especie de vestidos querían. Respondieron que puesto que absolutamente era necesario que tuviesen vestidos, que-

[*] Un ducado vale 10 carlins; un carlin 10 granos y un grano doce calli.

rían cada uno en traje calabrés semejante al que los jóvenes ricos se ponían los domingos en Cosenza y Tarento.

El sastre hizo seña de que era bastante y añadió que sus Excelencias tendrían lo que deseaban al día siguiente por la mañana.

Sus Excelencias cenaron y encontraron que los *ravioli* y el *sambajone* eran mucho mejor que el macaroni; que el *lacryma-christi* era preferible al agua pura y que el pan de harina se tragaba con mas suavidad que las galletas de cebada.

Cuando acabaron, preguntaron al mózo si les era permitido acostarse en el suelo: el mozo les enseñó dos camas: las habían tomado por capillas.

Celestini, que decididamente era el cajero, encerró el pañuelo y los ducados en una especie de escribanía, tomó la llave y la colgó á la cinta que llevaba en el cuello.

Luego se encomendaron á la vírgen, besaron sus escapularios y se acostaron cada uno en una cama donde podían acomodarse cinco personas, y durmieron hasta el día.

El sastre cumplió su palabra, y ese día, como tenían ya su vestido completo, pudieron comer en mesa redonda y entrar en la sala de juego. Perdieron ciento veinte ducados.

Un mozo de la posada les propuso, para consolarlos, conducirlos por la noche á una casa adonde se divertirían aun mas.

Cuando llegó la hora, se llenaron los bolsillos de ducados y siguieron al mozo. No volvieron á la posada sino al día siguiente, muriéndose de hambre y con los bolsillos vacíos.

Era una buena vida: habían conservado muy bien en su memoria la direccion de la casa adonde se pasaba la noche, y tanto les gustaba como la mesa y el juego. Volvieron pues la noche siguiente.

Así vivieron quince dias, lo que los *formó* considerablemente.

Una noche se presentaron como de costumbre á la puerta de la casa: estaba cerrada por orden superior: no sé que asesinato habían cometido allí.

Viéron un gran gentío que seguía cierta direccion, y fueron tras él.

Algunos minutos después se encontraban cerca de la *Villa Reale* en el magnífico paseo de la *Chiaja*: aun no le conocían.

La Chiaja es, á las diez de la noche, el punto de reunion del señorío: Nápoles vá á respirar allí la brisa del golfo cargada de los perfumes de los naranjos de Sorente y los jazmines del *Pausi-*

lippe. Ahí hay mas fuentes y estatuas que en todo el resto de la tierra; y mas allá de estas fuentes y de estas estatuas, un mar como no se vé en ninguna parte.

Allí se paseaban pues nuestros dos *Birboni* dando codazos á las mujeres, tropezando con los hombres, una mano sobre el dinero y la otra en el puñal.

Llegaron á un grupo que estaba en la puerta de un café. En medio de este grupo había una calesa, y en esta calesa una mujer que tomaba helados. El grupo se había formado para verla.

Era, en efecto, la mas bella criatura que desde Eva había salido de las manos del Creador. Una mujer capaz de tentar al mismo José.

Nuestros calabreses entraron en el café, pidieron dos sorbetes y se pusieron á la ventana para ver á esa mujer de mas cerca; sus manos, sobre todo, eran maravillosas.

—*Corpo di Bacco* ¡qué bella es! dijo Cherubino.

Un hombre se acercó y le tocó en la espalda.

—El momento es bueno, mi jóven señor, le dijo.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que la condesa Fornera ha peleado hace dos dias, con el Príncipe Rospoli.

—¿Y qué?

—Y que si quereis, por quinientos ducados, y el silencio....

—¿Es mia?

—Si señor.

—¡Ah! ¡tú eres pues..?

—*Un' ruffiano per servire lo signore*.

—Un momento, dijo Celestini, yo tambien la quiero.

—Entonces, mis Excelencias, será el duplo.

—Muy bien.

—¿Pero quien será el primero?

—Esa es cuenta nuestra, ve y asegúrate de si está libre esta noche y ven á avisarnos á la posada de Venecia en donde vivimos.

El rufian se fué por un lado y nuestros muchachos por otro. La calesa de la condesa partió.

Cherubino y Celestini volvieron á la posada: no tenían sino quinientos ducados.

Se sentaron á una mesa, colocaron una baraja entre los dos, y cada uno á su turno se echó una carta.

A Cherubino tocó el as de copas.

—Que te diviertas, le dijo Celestini, y se echó sobre su cama. Cherubino puso los quinientos ducados en su faltriquera, examinó si su puñal salía con facilidad de la vaina y esperó al rufian.

Al cabo de un cuarto de hora estaba allí.

—Está libre esta noche, le dijo.

—Pues bien! partamos.

Bajaron, la noche era hermosa, el cielo miraba á la tierra con todos sus ojos.

La condesa vivía en el barrio de la Chiaja; el rufian caminaba por delante: Cherubino le seguía cantando:

Che bella cosa è de morire ucciso
Innanzi á la porta de la innamorata
L' anima se ne saglie in paradiso,
E lo cuorpo lo chiegne la scasata! [*]

Llegaron á una puerta donde una mujer los esperaba.

—Excelencia, dijo el rufian, cien ducados son para mí y los cuatrocientos restantes los pondrá en el vaso de alabastro que verá sobre la chimenea.

Cherubino le entregó cien ducados y siguió á la mujer.

Era un hermoso palacio de mármol, á cada lado de la escalera ardían lámparas en globos de cristal y entre cada lámpara bracerillos de bronce que exhalaban perfumes.

Atravesaron aposentos donde podía alojarse un rey con toda su corte, y en el fondo de una gran galería cerrada por un tabique, la camarera abrió una puerta, empujó á Cherubino y la volvió á cerrar tras él.

—¡Eres tú, Gidsa! dijo una voz de mujer.

Cherubino miró del lado de donde venía la voz y reconoció á la condesa vestida con solo un túnico de muselina, acostada en un sofá forrado de bombasí y jugando con un rizo de sus largos cabellos que había soltado y que la cubrían como una mantilla española.

—*Non signora*, no es Gidsa, soy yo; respondió Cherubino.

—Quien, ¿Vd? dijo la voz con una espresion mas dulce aun.

—Yo, Cherubino, el hijo de la Madona; y el jóven se adelantó hasta los piés del sofá.

[*] Cuán grato es morir herido á la puerta de su enamorada: mientras el alma sube al paraíso, la amante llora sobre el cadáver.

La condesa se levantó un instante sobre el codo y le consideró admirada.

—¿Vd. viene por su amo? dijo ella.

—Vengo por mí, *signora*.

—No comprendo.

—¡Y bien! voy á dárselo á entender. Ví hoy á Vd. en la Chiaja tomando helados, y dije viéndola: *Per Bacco*, qué hermosa es!

La condesa se sonrió.

—Entonces un hombre se acercó á mí y me dijo: “¿Ama Vd. á esa mujer que encuentra bella? Yo se la doy por quinientos ducados.” Volví á casa y tomé esa cantidad: á la puerta de Vd. me pidió cien ducados para él y se los dí: en cuanto á los cuatrocientos restantes, me dijo los pusiera en este vaso de alabastro: ahí están.

Cherubino echó tres ó cuatro puñados de dinero en el vaso que demasiado lleño se derramó en la chimenea.

—¿Qué horror! qué ese Maffeo...! dijo la condesa, ¿qué modo de hacer las cosas!

—Yo no sé lo que es Maffeo, respondió el muchacho; y yo estoy muy al corriente del modo con que se hacen las cosas. Solamente sé que me la han prometido á Vd., y que esto fué mediante una cantidad; sé tambien que he pagado esa suma y que por consiguiente me pertenece Vd.

Diciendo esto, Cherubino dió un paso hácia el sofá.

—Deténgase, ó llamo, dijo la condesa, y le hago echar fuera por mis criados.

Cherubino se mordió los labios y llevó la mano á su puñal.

—Escuche Vd., *signora*, le dijo con frialdad. Cuando Vd. me oyó entrar, creyó ver á algun tierno abad de familia, ó algun rico viajero francés y dijo para sí: Sacaré buen partido. No es ni uno ni otro, *signora*, es un calabrés, y no del llano sino de la montaña, un niño, si quiere, pero un niño que ha traído de Tarcia á Nápoles la cabeza de un bandido en un pañuelo, y la cabeza de qué bandido! de Césarís! Este oro, vé Vd., es todo lo que queda del precio de aquella cabeza: los 2.500 ducados restantes han desaparecido en el juego, se han ahogado en el vino, se han perdido en las mujeres. Con esos quinientos ducados hubiera podido tener aun diez noches de mujeres, vino y juego; no lo quise: la he querido á Vd. y Vd. será mia.

—Muerta, si puede ser.

—Viva.

—Nunca.

La condesa estendió el brazo para tomar el cordon de la campanilla. Cherubino no dió sino un salto de la chimenea al sofá.

La condesa dió un grito y se desmayó: Cherubino le había clavado con su puñal la mano contra la pared seis pulgadas debajo de la campanilla.....

.....
Dos horas después Cherubino volvió á la posada de Venecia; sacudió á Celestini que dormía como un bienaventurado: este se sentó en la cama, se frotó los ojos y le miró.

—¿Qué sangre es esa? le dijo.

—Nada.

—¿Y la condesa?

—Mujer divina.....

—¿Porqué diablos me despiertas entonces?

—Porqué no nos queda ni un calli y es necesario partir.

Celestini se levantó. Los dos muchachos salieron de la posada como acostumbraban hacerlo y no pensaron en detenerlos.

A la una de la madrugada habían pasado el puente de la Magdalena; á las cinco estaban en la montaña.

Entonces se pararon.

—¿Qué vamos á hacer? dijo Celestini.

—No sé nada. ¿Eres de opinion de volver al aprisco?

—*Non per Jesus!*

—Pues bien! hagámonos bandidos.

Los dos muchachos se dieron la mano y se juraron ayuda y amistad eterna. Cumplieron religiosamente su promesa, porqué desde aquel dia no se han separado.

—“Me equivoco, dijo Jácomo interrumpiéndose y dirigiendo la vista hácia la tumba de Hierónimo, ¡hace una hora que se han separado!”

Alejandro Dumas.

